
LA MUJER DE AQUELLA NOCHE
COMEDIA LIRICA DE
MANZANO Y GÓNGORA

Cubierta

de

este

número:

Enriqueta Soler

y

José Luis Lloret,

en

una

escena

de

La mujer de aquella noche

LA MUJER DE AQUELLA NOCHE



LUIS MANZANO Y MANUEL DE GONGORA

LA MUJER DE AQUELLA NOCHE

GUION DE PELICULA SONORA, EN TRES ACTOS,

ORIGINAL

MUSICA DE

FEDERICO MORENO TORROBA

Estrenado en el Teatro Lara, de Madrid, la noche del 14 de septiembre de 1932, por la Compañía de Comedias Líricas de MATEO P. GUITART

DIBUJOS DE

ANTONIO MERLO



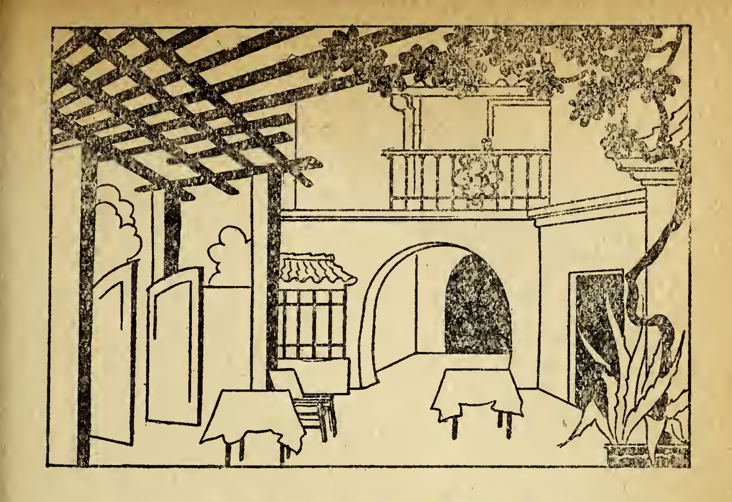


AÑO VI ||| 8 DE OCTUBRE DE 1932 ||| NÚM. 265

MADRID

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Rosa Luz..	Enriqueta Soler.
Fina..	Blanca Erbeya.
Floria..	Consuelo Esplugas.
Rafaela..	Encarna Ramos.
Jose Luis Carmena..	Mateo P. Guitart.
Carlos Dewisson..	José Luis Lloret.
Patricio González..	Carlos M. Baena.
Antolín Pacheco..	Antonio Riquelme.
Marqués de Gazul..	Francisco Pereda.
Algabeño..	Delfín Jerez.
Abaroa..	José Goula.
Boliche..	Enrique Suriñac.



ACTO PRIMERO

Patio emparrado del cortijo de "Las Moras", en Andalucía. Unas cuantas sillas de enea y una gran mesa de pino, sobre la que *Rafaela,* criada de la hacienda, va colocando platos, copas y algunas viandas y botellas. Es la hora del crepúsculo vespertino.

RAFAELA.—¡Na! Y que no viene nadie a echarme una manita ni pa un remedio! (*Llamando desde una de las puertas laterales.*) ¡Boliche!... ¡Ronco!... ¡Vamos al avío!... ¡Que pa to tenga una que estar sola!

(*Aparece BOLICHE, un zagalón que, como Rafaela, sirve en "Las Moras".*)

BOLICHE.—¡No es usté nadie yamando!

RAFAELA.—¡Hala! Sin esplicasiones. ¿Y el Ronco?

BOLICHE.—Hasiendo gárgaras, por si hay que cantá luego.

RAFAELA.—A ver si se cree que don José Luis Carmena ha comprao el cortijo de "Las Moras" con la condisión de que entre en el trato esa gramola.

BOLICHE.—Con esa gramola era barato el cortijo.

RAFAELA.—¡Alárgame esos vasos!

BOLICHE.—Ahí van. Y no mande usté mucho, que toavía hago de más.

RAFAELA.—¿De más tú, so mal criao?

BOLICHE.—Na de mal y na de criao, ¿eh? Yo soy obrero agrícola.

RAFAELA.—Tú eres más vago que un poyete, y don José Luis, el amo, que es un trabajaó de verdá, no quiere aquí tumbaos.

BOLICHE.—¡ Claro ! Si yo fuera amo como él también trabajaría.

RAFAELA.—El ha encontrao protersión en don Carlos Dewisson por trabajaor.

BOLICHE.—¿ Por trabajaor? ¡ Por las güenas moneas que le ha dao pa comprá esta finca de "Las Moras" !

RAFAELA.—Don Carlos no es más que un güen amigo suyo.

BOLICHE.—¡ Claro que sí ! ¡ Y con una mano pa volear duros que paese que está sembrando trigo !

RAFAELA.—¡ Pues hoy güen disgusto le ha dao al amo no viniendo a correr liebres con los otros !

BOLICHE.—¿ Ah, sí ?

RAFAELA.—Como que pa don Carlos ha organisao el festejo el señorito José Luis, pa selebrá la compra de "Las Moras" y mostrarle su agradesimiento por lo que le ha ayudao.

BOLICHE.—Pues don Carlos se lo ha perdío, por que vaya gachís las que...

RAFAELA.—¡ Verdad que sí que son bonitas !

BOLICHE.—Pero ande esté la señorita Rosa Luz—como dise er Ronco en su copla :

"Que apaguen toas las farolas ;
los ojos de esa gachí
despiertan a las alondras."

RAFAELA.—¡ Mia también el Ronco ! ¿Y por qué no le saca otra a doña Floria, le señora de compañía de la Rosa Luz?

BOLICHE.—Porque eso no es una señora. Es una cotorra repintá.

RAFAELA.—¡ Ja, ja, ja ! Bueno, ya está listo to.

BOLICHE.—Y ahí viene la cotorra.

(Llega, en efecto, FLORIA del interior de la casa. Es una vieja repintada y un poco grotesca.)

FLORIA.—¿ Qué ? ¿ Todo preparado, Rafaela ?

RAFAELA.—Usté verá.

FLORIA.—Jamón, aceitunas ; está bien. Esas conchas son un poco pequeñas.

BOLICHE.—*(Aparte.)* (Pos quítate tú una, peazo e galápago.) Me voy, Rafaela... ¿Quié usté argo más de mí?

RAFAELA.—Yo, no.

BOLICHE.—*(A Floria.)* ¿Y usté?

FLORIA.—Gracias, Boliche.

BOLICHE.—Migué me yamo, que lo de *Boliche* es apoo, conque cuidiao, doña... Tosca.

FLORIA.—¿Eh?... ¿Qué respeto es ese?

BOLICHE.—¿No se yama usté asín?

FLORIA.—Floriana es mi nombre. Y azul mi sangre. Venida a menos, por desgracia; pero azul.

BOLICHE.—¿Asú?

FLORIA.—Azul marino claro. Azul, porque mi madre era Conde de apellido; marino, porque un abuelo mío fué capitán de fragata, y claro, porque quisieron ponerme en la pila Celestina y llamarme Celeste..., ¿qué te piensas, eh?

BOLICHE.—Pos pienso en que me voy; pero si me da usté una perra gorda me queo un ratito más mirándola. (*Se va por la izquierda.*)

FLORIA.—¡Insolente!

RAFAELA.—No le jaga caso. Cortesa e bruto y miga de pan de flò por dentro. Y oígame usté, doña Floria, ¿es verdá que la señorita Rosa Luz, vamos, su ama...?

FLORIA.—¡Che, che!... Mi amiga, mi hermana. La acompaño a todas partes, pero ni ella quiere que sea su *carabina,* ni yo lo hubiera aceptado. Que os conste a todos.

RAFAELA.—Bueno, pero ¿es verdá que viaja tanto?

FLORIA.—Tanto que ya no tenemos tierras que conocer. Italia, Suiza, Alemania, Noruega..., ¡qué sé yo! ¡Pero sobre todo Italia! ¡Es su locura!

RAFAELA.—¡Qué gusto!

FLORIA.—¡Cómo se conoce que no eres tú la que haces y deshaces los baúles!

RAFAELA.—Entonces, ¿usté es la que se ocupa de eso?

FLORIA.—Y estoy ya de baúles que todo se me hace un mundo.

RAFAELA.—Y diga usté, y usté dispense la curiosidá. ¿Es verdá que tié que casarse con su primo, el señorito Carlos?

FLORIA.—¡Qué disparate, mujer! Las familias sí tenían esos proyectos; pero ellos... Muertos los padres, se rieron de bodas y planes y sólo pensaron en correr el mundo cada cual por su lado. Jamás lograrían entenderse. Ella es demasiado frívola para mujer propia de Carlos, y él, para Rosa Luz, un romántico de novela cursi. ¡La muy tonta! ¡Ay! ¡Con lo difícil que es hoy encontrar un hombre así!

RAFAELA.—Pues me quiso paresé que eya estaba ilusioná con verlo en "Las Moras" estos días.

FLORIA.—Te equivocas; y si me guardas el secreto te diré que con quien me parece que anda encalabrinada es con tu nuevo amo.

RAFAELA.—¿Con don José Luis?

FLORIA.—El mismo. Llevan una temporada de muchos secretitos y mucho hablar por lo bajo, y a mí no me engañan ciertos suspiritos que le oigo a ella después de estas conversaciones. ¡Engañarme a mí los suspiros! ¡Ay! ¡Con los que yo he dado al viento en mi vida! ¡Ay! (*Dentro se oyen unos ayes quejumbrosos de Antolín.*) ¿Ayes?... ¿Hay eco?

RAFAELA.—¡No! ¡Parese que se quejan! ¡Hay que ver lo que pasa; porque eso es que han lastimao a arguno!

ANTOLIN.—(*Dentro.*) ¡Ay, madre; ay!

FLORIA.—¡Virgen Santísima!

(*Boliche y otro gañán traen medio en brazos a ANTOLIN, un muchacho muy corto de vista y de fino porte.*)

ANTOLIN.—¡Ay! ¡Cuidado! ¡Ay! ¡Más despacito!

FLORIA.—¿Qué es eso, Antolín? ¿Está usted herido?

ANTOLIN.—Estoy hecho polvo.

RAFAELA.—¿Se ha caído usté del cabayo?

ANTOLIN.—Me caí esta mañana.

RAFAELA.—¿Y ahora se queja?

ANTOLIN.—No; si digo que me caí esta mañana, cuando acepté montarlo; me ha dado una paliza que tengo el..., bueno, el..., bueno, las... los... (*Señalando hacia atrás.*)

BOLICHE.—(*Acercándole una silla.*) Pues siéntese usté, hombre. Siéntese usted.

ANTOLIN.—No puedo.

BOLICHE.—Que sí, hombre.

ANTOLIN.—Que no, te digo que no puedo.

BOLICHE.—¿Cómo que no? Asín. (*Dándole en las corvas con el exterior de la mano abierta un golpe seguro, del que Antolín, doblando las piernas, cae en la silla.*)

ANTOLIN.—¡Ay!

BOLICHE.—¡Mal sordao!

ANTOLIN.—¡Mal tiro te peguen! ¡Ay!

FLORIA.—Pero, ¿quién le mete a usted en estos trotes?

ANTOLIN.—¿Trotes, eh? ¡Galopes! Unos galopes me ha dao la jaca como para ganar una copa. ¡Yo no sabía que las liebres corrían tanto! ¡Yo no sabía que la jaca que me dieron era la más ligera! ¡Yo no sabía!, ¡ay!...

RAFAELA.—Acabe usté, por Dios.

ANTOLIN.—¡Yo no sabía montar! ¡Ay!

FLORIA.—¿Y por qué aceptó?

ANTOLIN.—Por vergüenza de ver que montaba Fina y yo me quedaba de a pie. No, y al principio todo fué bien. Gallardía, soltura; pero apenas vió la jaca una liebre, salió como una flecha, y perdí

los estribos, perdí el color y perdí las gafas... que, ¿dónde están mis gafas?...

BOLICHE.—Aquí en la coronilla.

ANTOLIN.—Gracias, mancebo.

RAFAELA.—¡Y aquí yega ya la gente! (*En efecto. Fuera se oye un rumor de conversaciones, risas, etc., hasta que aparecen FINA GAZUL, el MARQUES DE GAZUL, su padre, y JOSE LUIS CARMENA. Todos visten a la usanza campera, como Antolín.*)

ANTOLIN.—¡Ay, que no me vean así! Ayúdeme, Floria.

FLORIA.—Apóyese y dé usted un pequeño salto... Así le dolerá menos.

ANTOLIN.—Pegaremos un saltito y... ¡Ay, mi...! ¡Ay, mi santa madre, lo que estoy pasando! ¡Pero todo sea por Finita! (*Se incorpora por fin y adopta después de cómicos y terribles esfuerzos una actitud que pretende ser digna y es grotesca.*)

BOLICHE.—(*Riéndose.*) ¡Es la *zota* de bastos! (*En este momento entran los citados personajes y algunos invitados más, si la compañía lo permite, que no hablan.*)

JOSE LUIS.—(*A los criados.*) ¡Llevarse los caballos! (*Desaparecen los criados. Rafaela, al ver entrar a los señores, se retira también.*)

FINA.—(*A Antolín.*) ¡Está bien, hombre! ¡Muy bonito!; le das espuelas a la jaca y nos dejas atrás. ¡Ya he visto que eres un gran jinete!

ANTOLIN.—(*Que advierte cierto tono de chunga en las palabras de Fina.*) Te diré, Finita; es que...

FINA.—(*Interrumpiéndole.*) ¿Qué vas a decirme? ¡Un centauro, lo que se dice un centauro! ¡Ja, ja, ja!...

ANTOLIN.—Fina, no te rías, que tú no sabes lo que me duele... el... ¡Ay!

FINA.—¿El qué?

ANTOLIN.—Esa risa. (*Quedan en grupo aparte, hablando en voz baja. En otro grupo, Floria, José Luis y el Marqués.*)

FLORIA.—¿Y dónde se han dejado ustedes a Rosa Luz?

JOSE LUIS.—Se empeñó en quedarse zaguera para disfrutar a sus anchas la belleza de la tarde. ¡Más romántica está hoy!

FLORIA.—A lo mejor es usted el que tiene la culpa, pícaro.

JOSE LUIS.—(*Halagado por la suposición.*) ¡Por Dios, qué tontería! (*Siguen hablando en voz baja.*)

ANTOLIN.—(*A Fina.*) ¿Cuando vas a acabar de quererme?

FINA.—(*Mirando con intención a José Luis y para que éste la oiga.*) Hay que pensarlo mucho antes de decidirse; ¿verdad, José Luis?

José Luis.—Hay que pensarlo con calma. ¡Nada más! (*Sonriendo.*)

Fina.—¿Tú crees?... Sin embargo, cuando el cariño es verdadero...

José Luis.—¡No te olvides que el amor lo pintan con una venda en los ojos, y es niño, y...!

Antolín.—Y..., bueno, bueno, Finita; y no te olvides que estabas hablando conmigo, y, bueno, ya tú me comprendes, por que yo seré...

Fina.—¡Déjame en paz! (*Y va hacia su padre, que sigue charlando con Floria.*) ¡Ay, papá! ¡Papaitín!...

Marqués.—¿Qué quieres, hijita?

Fina.—¡Me muero por ese hombre!

Marqués.—¿Por quién?

Fina.—¿Por quién va a ser? ¡Por José Luis!

Floria.—¿Pero no habíamos quedado en que Antolín?...

Fina.—¡Ay! ¡Pues es verdad! ¿Te había dicho Antolín?, ¡pues no me acordaba!

Marqués.—¿Si sabrás lo que dices?

Fina.—Claro que sé lo que me digo; pero, no; no sé lo que me digo; perdóname papaitín.

Marqués.—Hija, eres la verdadera espuerta de gatos. Achicarás a Rosa Luz.

(*En este momento aparece en la puerta del foro la arrogantísima figura de ROSA LUZ. Agil, graciosa, flexible, ondulante y guapísima. Viste con elegante desenfado falda amazona y chaquetilla corta. El gallardísimo sombrero cordobés, que le sombrea la cara, parece más chico que sus ojos. Desde la puerta aún, dice al oír su nombre:*)

Rosa Luz.—Presente. ¿Quién me llama? (*Todos acuden a saludarla.*)

José Luis.—¡Rosa Luz! ¡Ya me tenías con cuidado!

Rosa Luz.—¿Por qué, hombre?

José Luis.—Tu deseo de quedarte sola en pleno campo...

Rosa Luz.—¡Bah! Rarezas mías. Perdonadme. ¡Pero me agrada tanto ir viendo ponerse el sol, que si pudiera me embriagaría paladeando hasta la última gota de su luz de oro! ¡Una bendición, Marqués!

Marqués.—Que me alegra; mucho más que la ausencia de Carlos, que por lo visto nos ha dado plantón.

Rosa Luz.—¿Carlos? ¡Bah! Siempre el mismo..., ¡y es una lástima!...

José Luis.—¿Te duele su ausencia?

Rosa Luz.—A mí, no. Lo siento por lo que tiene de descortesía para ti. ¿Sabía él que yo también venía?

JOSE LUIS.—No, eso no.

MARQUES.—¡Quizá no haya llegado todavía a Sevilla!

FLORIA.—¿Quieres que preguntemos por teléfono al Puerto?

ROSA LUZ.—¿Y qué me importa a mí que esté en Sevilla o en Constantinopla?

FLORIA.—Como al llegar y no encontrártelo me pareció que te contrariaba...

ROSA LUZ.—¡Figuraciones tuyas!

FLORIA.—Más vale que así sea.

JOSE LUIS.—Yo soy el que de verdad siente el no verle aquí hoy.

MARQUES.—(*Dirigiéndose a los demás.*) ¿Qué?... ¿Tomamos una copa?

ANTOLIN.—Brindemos por el ausente.

MARQUES.—No sentará mal antes de la cena.

JOSE LUIS.—(*Ofreciendo una copa a Rosa Luz.*) ¿Te cumple, amazona?

ROSA LUZ.—¡Vaya por tu gusto! (*Bebe graciosamente y con gran coquetería devuelve el vaso a José Luis, mientras se ríe.*) ¡Ja, ja, ja!...

JOSE LUIS.—¿De qué te ríes?

ROSA LUZ.—De nada; cosas mías.

JOSE LUIS.—¡Qué difíciles sois de entender las mujeres!

ROSA LUZ.—¡Pues mira que los hombres!... Yo no he encontrado todavía uno que galope a mi aire.

JOSE LUIS.—¿Tan por lo alto es?

ROSA LUZ.—O tan variable.

JOSE LUIS.—¿Y qué ha de hacer el jinete que quiera seguirte?

ROSA LUZ.—¿Vas a ser tú, quizás?

JOSE LUIS.—Si el que puede no quiere, ¿por qué no, Rosa Luz? ¿Qué hay que hacer?, ¡dime!

MUSICA

(*Se oye cantar dentro a un campesino la siguiente copla:*)

¡La mujer ríe que ríe,
y el hombre pena que pena!
¡El tiempo hará que las risas
en lagrimitas se vuelvan!

(*Recitado sobre la orquesta.*)

ROSA LUZ.—¡Canta bien ese!

FINA.—Tiene intención la copla; ¿verdad, Rosa Luz?

ROSA LUZ.—Porque es un hombre quien la canta.

MARQUES.—Las coplas son siempre sentencias.

ROSA LUZ.—Según está el alma del cantador que las compone, porque ésta se puede contestar.

JOSE LUIS.—¿Cómo?

ROSA LUZ.—¡Así! (*Cantado.*)

I

¡Es el llanto del hombre el más firme cimiento
para alzar el castillo de un constante querer:
por sentirse un instante embebido en su aliento,
no habrá lucha ni pena, ni dolor ni tormento
que no brinde gozoso a un amor de mujer!
Las lagrimitas son agua,
y el agua aclara las cosas;
lo mismo apaga una fragua
que enciende un volcán de rosas.
Las lagrimitas son penas;
las penas son mis prisiones;
remacha bien las cadenas
que prenden dos corazones.

II

Es la risa del hombre quemadura tan viva
en el alma sensible de una amante mujer,
que, a sus llamas, se vuelve rencorosa y altiva,
y se trueca en tirana si era humilde cautiva,
y en desprecio convierte la ilusión de un querer.
Las ilusiones son humo,
y el humo se da a los vientos;
las risas son huracanes
que borran los sentimientos.
Yo quiero que tú me quieras
y que de mí no te rías;
así será mi cariño
más firme todos los días.
¡Más firme todos los días,
así será mi querer!

(*Cuando termina la música todos jalean a Rosa Luz, que agradece con sonrisas los elogios.*)

JOSE LUIS.—¡Eres una mujer completa! (*Ofreciéndole otra copa.*) ¡Te la has ganado, cantaora!

MARQUES.—(*A los demás.*) Y ahora, ¿qué tal estaría descansar un ratito?

ANTOLIN.—¡Eso, eso! (*Aparte.*) (¡Qué gusto! ¡Tumbarse boca abajo!)

JOSE LUIS.—Como quieran; yo mientras he de dar algunas órdenes; ¿me permiten?

ROSA LUZ.—¡Pues claro, hombre!

MARQUES.—¿Vamos, Finita?

FINA.—Vamos, sí. (*Entre risas y frases de despedida van saliendo por distintos términos el Marqués, su hija y Antolín, éste, después, hacia el interior de la casa. José Luis por la puerta del foro. Rosa Luz va también a retirarse, pero Floria la detiene, diciéndola aparte.*)

FLORIA.—No te vayas; tengo que hablarte.

ROSA LUZ.—¿Tú? Pues despacha, porque no tengo yo hoy los nervios para oír pamplinas. Y a lo mejor pagas tú los vidrios rotos.

FLORIA.—¿Lo estás viendo?

ROSA LUZ.—¿Pero qué he de ver, imbécil?

FLORIA.—Lo que veo yo, lo que ve cualquiera: que esperabas a Carlos y que el no verlo aquí te ha sacado de tus casillas.

ROSA LUZ.—¡Pues bien, sí! ¿Para qué engañarme? Su ausencia me ha puesto fuera de mí.

FLORIA.—Porque estás enamorada de él.

ROSA LUZ.—¿Quién, yo? ¡Tú estás loca! ¡Le odio! Si deseo encontrármelo es para humillarle, para vengarme de él, para hacerle saber todo mi desprecio.

FLORIA.—¡Ay, niña; mira que eso se parece mucho a lo otro!

ROSA LUZ.—¡Ca! No puedo olvidar lo que se rió de mí el día que supo que casarnos al uno con el otro era el proyecto de nuestros padres. ¡El, creyéndome loca y frívola, me humilló aquel día sin piedad, y diciéndome que era una mujer encantadora para cualquier hombre menos para él, hirió con su desdén mi amor propio, de manera que sólo deseo vengarme de sus ofensas! ¿Comprendes para lo que quiero encontrármelo? Para reírme, para divertirme a su costa y con sus mismas armas; y para conseguirlo, emplearé todas mis coqueterías, todas mis artes y recursos de mujer, hasta oírle decir que me adora... Y entonces... ¡Ah!, entonces...

FLORIA.—¡Te casas con él!

ROSA LUZ.—Entonces, ¡para quien lo quiera! ¡Por eso estoy fuera de mí! Por que ocasión como la de hoy, con tantos testigos para su humillación, no volverá a presentárseme.

FLORIA.—¡Admirable!

ROSA LUZ.—¿Yo frívola, verdad? ¿Yo loca? ¡Conformes! ¡Veremos quién puede más, si mi locura o su estupidez!

FLORIA.—¡ Mujer !

ROSA LUZ.—¡ Estúpido y cursi !

FLORIA.—¡ Pobrecillo !

ROSA LUZ.—¿Te acuerdas de la última vez que nos vimos?

FLORIA.—Sí; en Dauville, hace unos meses.

ROSA LUZ.—Pues allí empezó mi venganza... Es decir: allí, no. Empezó donde ni él mismo podrá sospechar nunca. En Dauville sólo supe burlarme de sus ilusiones y sus sueños sentimentales. Venía de Venecia y enamorado de un fantasma; ¡ traía el alma enferma de pasión !

FLORIA.—¡ Ay ! ¡ Qué película tan bonita !

ROSA LUZ.—Eso que tú has dicho: ¡ de película ! ¡ Su amor de ahora es la sombra de un sueño, del que acaso no pueda despertar nunca !

FLORIA.—¡ Ay ! ¡ Los sueños ! ¡ Mi delirio !

ROSA LUZ.—Pues el suyo es sencillísimo. Un puente cercano al gran canal, una suave música que adormece los sentidos mientras el alma sueña acaso con una dogaresa del Renacimiento; un momento de lirismo en que los ojos, llenos de luna y poesía, cierran sus párpados para aprisionar la luz más íntimamente, y en esas condiciones, una mujer que besa furtivamente su boca y, esquivándose rápida, para huir de los brazos que momentos después han de pretender apresarla, sin lograrlo, sólo deja con el fuego de su caricia el perfume de su alma y la sombra sin sombra de un odio que pudo ser amor.

FLORIA.—¡ Qué bonito !

ROSA LUZ.—¡ La mujer de aquella noche ! ¿Quieres nada más cursi?

FLORIA.—¡ No digas eso !

ROSA LUZ.—¡ Ese es el amor que a mi señor primo le llevó a Deauville y del que yo me reí sin piedad ! ¿Yo loca? ¡ El tonto ! ¿El se burló de mí? ¡ Yo procuraré mi venganza, aquí o donde sea !

FLORIA.—¿Y le has dicho a alguien tus intenciones? ¿A José Luis quizás?...

ROSA LUZ.—A José Luis menos que a nadie...

FLORIA.—¡ Ay ! ¡ A ese sí que le gustas !

ROSA LUZ.—¡ Mujer !...

FLORIA.—¡ Ya, ya te veo que estás muy colada !

ROSA LUZ.—¡ Ay, Floria ! Oyeme una confidencia.

FLORIA.—¡ Ahorrátela ! ¡ Que él también te gusta a ti !

ROSA LUZ.—No sabría negarlo.

FLORIA.—¡ Pues duro, que ese no tiene dogaresa !

ROSA LUZ.—¡ Pero tiene temor ! Me cree muy alta y no se atreve.

(*Cambiando de tono.*) ¡Ja, ja! ¡Tampoco vale la pena! ¡Después de todo, mi libertad vale más que nada!

FLORIA.—Bueno, estás para que te amarren.

ROSA LUZ.—Pero silencio; guárdame el secreto, que de él depende mi felicidad y la suya. ¡Ya lo sabes; guárdame el secreto! ¡Ja, ja, ja! (*Mutis riendo al interior de la casa.*)

FLORIA.—O es una loca, como creo, o está más enamorada de Carlos que una colegiala. ¡Ay, corazones de mujer! ¿Quién será capaz de entenderlos? Porque, con todo ese matiz de ultracubismo, en el fondo no es más que una romántica tan cursi como el *dogareso.* (*Va a irse cuando la detiene la voz de José Luis, que aparece en la puerta del foro.*)

JOSE LUIS.—¿Se va usted, Floria?

FLORIA.—Si usted no me necesita...

JOSE LUIS.—No... Es decir, sí.

FLORIA.—¿En qué quedamos?

JOSE LUIS.—Quedamos en que estoy loco.

FLORIA.—¡Ay, por Dios! ¿Usted también?

JOSE LUIS.—¡Quiero a Rosa Luz hasta el delirio; pero, francamente, le temo! A veces pienso que me hace cara, y a veces, también, que se ríe de mí. ¡Sáqueme usted de estas dudas!

FLORIA.—¡Ay, hijo! ¿Y cómo?

JOSE LUIS.—Sondee sus intenciones, háblele de mí.

FLORIA.—¿Vale un consejo?

JOSE LUIS.—No deseo otra cosa.

FLORIA.—Pues, ¡láncese!

JOSE LUIS.—Pero...

FLORIA.—¡Que se lance!... ¡Cuando yo se lo digo!...

JOSE LUIS.—Me hace usted feliz, Floria... Si consigo lo que pretendo ha hecho usted su fortuna.

FLORIA.—¡Ay, don Pepe Luis!... ¡Yo soy también una romántica! ¡Y no deseo bienes terrenales! ¡Todavía no ha muerto en mí el ideal de mi vida: un amor por el que suspiré de niña, cegué de doncella... ¡y bostezo de señora de compañía!... (*Y dice al mutis.*) ¡Conque, ya lo sabe usted; siga mi consejo... y láncese! Pero no me descubra, por Dios.

JOSE LUIS.—¡Gracias, Floria! ¡Y váyase tranquila!

FLORIA.—¡Láncese! (*Mutis.*)

JOSE LUIS.—¡Pues, señor! Esto va mejor de lo que yo me figuraba. ¡Ahora sólo falta que venga Carlos, porque si no viene nos lo echa todo a rodar, y con lo bien que lo tenemos preparado! ¡Sería una lástima! (*Vuelve Antolín menos dolido de lo que se fué.*)

ANTOLIN.—¿Estás solo, José Luis?

JOSE LUIS.—Como la una.

ANTOLIN.—Pues me alegro, porque yo quiero pedirte un favor.

JOSE LUIS.—Tú dirás.

ANTOLIN.—Que me eches una mano con Finita. Hace un momento me hizo concebir esperanzas y hace medio me las ha desvanecido.

JOSE LUIS.—¡Las mujeres, que son así! ¿Pero que puedo hacer yo en tu pleito?

ANTOLIN.—Hablarla, convencerla de una vez, para que me haga caso.

JOSE LUIS.—¡Hombre, eso!...

ANTOLIN.—¡Anda, Pepillo, que tú eres un buen amigo! (*Se oye cantar dentro a Fina.*) ¡Y aprovecha la ocasión, que aquí viene!

JOSE LUIS.—Bueno, te echaré un capote.

ANTOLIN.—¡Y si puede ser empleando otra metáfora menos tauromaca, mejor! (*En efecto, llega FINA, acompañada de su padre, el MARQUES, por el foro.*)

FINA.—¡Hola!

JOSE LUIS.—¿Qué? ¡Se descansó un rato!

FINA.—No estaba cansada. Cuando me canse de verdad tú serás el primero en notarlo.

JOSE LUIS.—¿Qué quieres decir?

FINA.—Que estés sobre aviso, porque temo que si esto dura mucho no voy a poder resistir más.

ANTOLIN.—¡O tengo mal las gafas o estás más guapa que nunca!

FINA.—Como tú, precioso.

ANTOLIN.—Aprovecha, José Luis.

JOSE LUIS.—Pero...

ANTOLIN.—Anda, hombre, cúmpleme tu palabra.

JOSE LUIS.—Por mí que no quede. ¡Vamos al toro!

ANTOLIN.—¡Y dale con los símiles!

MUSICA

JOSE LUIS. Si usted me lo permite,
sólo un momento,
quisiera a Josefina
contar un cuento.

MARQUES. ¡Con mucho gusto!
Si no es muy atrevido...

FINA. ¡Yo no me asusto!

JOSE LUIS. Es un cuento de amores.
FINA. ¡Muy buena idea!
JOSE LUIS. De un pobre porfiado
que amor desea.
ANTOLIN. (*Aparte.*)
(¡Me la conquista!)
JOSE LUIS. De un pobre porfiado,
corto de vista.
FINA. ¿De modo que el amante
tiene un defecto?
JOSE LUIS. Pero es un hombre guapo,
fino y correcto.
FINA. ¡Y un majadero!
ANTOLIN. Ya me han hecho el retrato
de cuerpo entero.
MARQUES. Niña, no te entusiasmes,
que no es decente.
ANTOLIN. ¡Qué encanto de muchacha!
JOSE LUIS. ¡Y qué inocente!
ANTOLIN. ¡Un momento!
FINA. ¡Venga el cuento, Pepillo!
JOSE LUIS. ¡Pues va de cuento!
Era un hombre apasionado
por una mujer preciosa;
era un pobre porfiado
y ella le daba de lado,
marchosa.
ANTOLIN. ¡O furiosa!
FINA. ¡O mimosa!
TODOS. ¡A otra cosa!
JOSE LUIS. El pidió que intercediera
a un amigo cariñoso,
que en una ocasión cualquiera
a la niña le pidiera,
oficioso...
ANTOLIN. ¡Ser su esposo!
FINA. ¡Vaya un oso!
TODOS. ¡Qué tramposo!
JOSE LUIS. El amigo, en el encargo,
puso tanto y tanto fuego,
que la niña se hizo cargo,
y entre un "no" y un "sin embargo",

	cedió al ruego.
ANTOLIN.	¡Yo no juego!
FINA.	¡Yo me niego!
TODOS.	Pero, ¿y luego?
JOSE LUIS.	El final ya se adivina. Fué que el amigo, hechizado de aquella mujer tan fina, y de su boca divina prendado.
ANTOLIN.	¡Tú, cuidado!
JOSE LUIS.	¡Admirado!
TODOS.	¡Fué un osado!
JOSE LUIS.	Quedó de protagonista, obtuvo después su mano, y quedó el corto de vista corrido de su conquista. A lo Cyrano...
TODOS.	¡Ay, qué villano!
JOSE LUIS.	Y se acabó mi cuento; nadie se ofenda, pero el que quiera peces... ¡que se lo aprenda!

(*Cuando termina la música entra en escena RAFAELA, con muestras de gran júbilo.*)

RAFAELA.—¡Señorito, señorito!...

JOSE LUIS.—¿Qué hay, mujer?

RAFAELA.—¡El señorito Carlos, que ya está aquí con don Patricio!

MARQUES.—¡Hombre, me alegro! ¡Gran tipo Patricio!

FINA.—¿Vamos a recibirle?

RAFAELA.—(*Desde la puerta.*) Ya están aquí. Vamos, Boliche. (*A BOLICHE, el criado, que también ha salido.*)

(*Efectivamente, llega el tan esperado CARLOS DEWISSON, muchacho elegante y guapo—no hay que decirlo—; con él viene PATRICIO GONZALEZ, un hombre de gran vitola también, algo más que maduro, secretario "honoris causa", amigo íntimo y parásito de Carlos. Grandes manifestaciones de alegría en todos. Rafaela y Boliche, el criado, se retiran.*)

CARLOS.—¡Salud! ¡Vivan mis amigos!

PATRICIO.—¡Salud!

JOSE LUIS.—¡Gracias a Dios, hombre! ¡Creí que no venías!

CARLOS.—¡No me lo hubiera perdonado nunca! ¡Marqués!... ¡Hola, Finita!... ¡Cada día más guapa!

FINA.—Tus ojos, Carlos.

MARQUES.—¡Dios te guarde, buen mozo!

JOSE LUIS.—¡Bien te has hecho esperar, granuja!

CARLOS.—Yo llego siempre cuando menos se me espera. ¡Y ya estoy aquí!

FINA.—¿Qué tal ese crucero?

CARLOS.—¡Formidable! Que os diga éste. (*Por Patricio.*)

PATRICIO.—¡Algo extraordinario! El "Paloma" es cosa seria... ¡Es el barco más velero que boga sobre la mar!

CARLOS.—Sin velas, claro está.

PATRICIO.—¡Pero con uno motor que es un *Longines!*

FINA.—Para ti es la vida, Carlos.

JOSE LUIS.—¡Y que lo digas!

CARLOS.—De eso habría mucho que hablar.

MARQUES.—¿Tan mal te va en ella, muchacho?

CARLOS.—Mientras puedo comprar las cosas, no; pero por lo mismo, como todo o casi todo se compra siempre, me falta el cebo de la ilusión. ¡La felicidad no está en el dinero!

PATRICIO.—¡Que te crees tú eso!

FINA.—¿De modo que no te has divertido por esos mundos, verdad?

CARLOS.—Según a lo que tú llames divertirse.

FINA.—Hombre, a lo que todo el mundo se lo llama.

CARLOS.—Entonces, sí que lo he pasado bien.

FINA.—¿Muchos amores?

CARLOS.—¡Pchs! Según también lo que se entienda por amores.

JOSE LUIS.—¡Aburrimiento de millonario!

CARLOS.—Puede que sea eso...

PATRICIO.—En cambio, aquí me tenéis a mí, que a cada nueva aventura siento remozárseme el corazón. Este *pirata de sueños,* como yo le llamo, no encuentra jamás botín que le satisfaga, ni puerto en que echar el ancla definitivamente.

CARLOS.—Es que puertos hay muchos; pero verdaderos refugios espirituales sólo uno.

FINA.—Y ése, por lo visto, no está en las cartas geográficas de tu "yatch".

CARLOS.—(*Riendo.*) ¡Por lo visto!

FINA.—A lo mejor andas buscándolo en otro meridiano y está en tu tierra.

CARLOS.—(*Galante.*) ¡Si eres tú el timonel que me guía no diré que no!

ANTOLIN.—(*Aparte.*) (¡Vaya, también éste!) (*Alto a Carlos.*) No te fíes; Finita es de tierra adentro.

FINA.—(*Que ha ido hacia donde su padre habla aparte con José Luis.*) ¡Ay, papichi!

MARQUES.—¡No me digas nada! ¡Que ahora el que te gusta es Carlos!... ¿No es eso?

FINA.—¡Y cómo!...

MARQUES.—¡Qué niña, Dios mío!

ANTOLIN.—¡Ay, qué niña! ¡Si no ando listo me la pisa el náutico este!

CARLOS.—¿Hiciste todos mis encargos?

JOSE LUIS.—Todo se ha hecho como pedías en tu carta.

CARLOS.—Entonces...

JOSE LUIS.—Confío en que todos tus planes, que no necesito conocer, te saldrán a pedir de boca.

CARLOS.—Veremos; y, por lo pronto, que Dios te lo pague.

PATRICIO.—(*A José Luis.*) ¿Y de amores? ¿Qué tal? Pregunto yo también.

JOSE LUIS.—Hablemos de otra cosa.

PATRICIO.—¡Huy, huy, huy! ¡Eso es grave!... ¿Caíste, desventurado?

FINA.—¿Sabéis por qué calla? ¡Pues porque está "mochales" por Rosa Luz!

CARLOS.—¡Hola!

JOSE LUIS.—¡Por Dios, Fina! (*A los demás.*) ¿Vais a hacerla caso?

FINA.—¿Te atreverás a desmentirme?

JOSE LUIS.—(*A una mirada de Carlos.*) Pues bien, sí; algo hay de eso.

PATRICIO.—¡Buen bocado, galán!

CARLOS.—¿Y ella?

JOSE LUIS.—Ella lo sabe o se lo figura y alienta mis esperanzas, ¿para qué negártelo? ¡Pero... está tan alta y yo soy tan poca cosa!

FINA.—(*Dándole disimuladamente a José Luis un pellizco.*) ¡Farsante! ¡Ya te arreglaré yo! (*Y se va de nuevo a coquetear con Antolín.*)

ANTOLIN.—(*Aparte.*) (¡Ahora me las paga!) (*Alto.*) Oye, José Luis, si eso es verdad, ¿por qué no te buscas un amigo que se declare por ti?

JOSE LUIS.—¡Calla y no digas majaderías!

ANTOLIN.—(*Bañándose en agua de rosas.*) ¡Anda, hombre! Y te aplicas el cuentecito de marras... ¡Al toro, que es una mona!... (*Imitando con sorna el canto de José Luis.*)

"Y se acabó mi cuento,
nadie se ofenda;
pero el que quiera peces...
que se lo aprenda."

FINA.—(*Aparte.*) (¡Este idiota!...)

CARLOS.—¿Qué cuento es ese?

ANTOLIN.—Carlos, por ejemplo, te haría ese favor con muchísimo gusto. (*Oyese dentro reír a Rosa Luz.*)

JOSE LUIS.—¿Vas a callarte de una vez, mamarracho?

ANTOLIN.—Me callo... Pero, mira, ahora puede aprovechar la ocasión, como tú, porque ahí llega.

CARLOS.—Pero, ¿Rosa Luz está aquí?

JOSE LUIS.—¿Te sorprende?

CARLOS.—No; me alegra. (*De la casa salen ROSA LUZ y FLORIA. La primera no puede reprimir un gesto de alegre sorpresa. En cuanto a Floria, su satisfacción al ver que con Carlos ha venido también Patricio le hace dirigirse a éste con mil arrumacos, que Patricio acepta con muestras de cómica resignación.*)

ROSA LUZ.—¡Caramba! ¡"El navegante solitario"! ¡Qué sorpresa!

CARLOS.—(*Saludándola.*) ¿Grata?

ROSA LUZ.—¿Por qué no?

JOSE LUIS.—Ya ves cómo Carlos cumple siempre su palabra.

ROSA LUZ.—(*Con gesto displicente.*) Pues te doy la enhorabuena, anfitrión.

CARLOS.—¿Tú no me esperabas ya, verdad?

ROSA LUZ.—Ni *ya* ni no *ya*. Veo que sigues tan presumido como antes y que te imaginas que todo el mundo gira alrededor tuyo. ¡Y es al contrario!

CARLOS.—¿Qué quieres decir?

ROSA LUZ.—Nada, hombre; que es tu "yatch" el que está dando la vuelta al mundo.

CARLOS.—¡Y si supieras qué cosas se ven por ahí!...

ROSA LUZ.—¡Uh!... ¿Qué vas a contarme? (*Siguen hablando en voz baja.*)

FLORIA.—(*A Patricio.*) ¿Quién había de decírmelo? Tú en "Las Moras" pasando unos días.

PATRICIO.—Unos días pasando las morás, sí, hija.

FLORIA.—Estás más viejo...

PATRICIO.—Tú, en cambio, estás lo mismo...

FLORIA.—¿De veras? (*Con ilusión.*)

PATRICIO.—Digo... (*Aparte.*) (¡Insoportable!)

FLORIA.—(*Aparte.*) (¡Una vela, San Antonio, una vela!) (*Va hacia el grupo en que el Marqués habla con José Luis, diciendo a éste.*) ¡Ay, José Luis, qué esperanza!

JOSE LUIS.—(*Riendo.*) ¿Pero éste es?...

FLORIA.—(*Con grotesco rubor.*) ¡El que me hizo suspirar de niña, soñar de doncella!...

JOSE LUIS.—Ya, ya, y bostezar de señora de compañía. (*Rosa Luz, que ha seguido hablando en voz baja en el otro extremo de la escena, estalla en una carcajada.*)

ROSA LUZ.—¡Ja, ja, ja!...

CARLOS.—¿De qué te ríes?

ROSA LUZ.—De nada, ¿y tú?

CARLOS.—De nada también; pero me río.

ROSA LUZ.—Cosa de tontos.

CARLOS.—De tontos; puede que sí.

JOSE LUIS.—(*Acercándoseles.*) Me alegra veros tan contentos.

ROSA LUZ.—¡No lo sabes tú bien, Pepillo! (*A Carlos, con mimo y coquetería.*) ¡Ven acá, tontaina!... Si en el fondo soy yo más seria que el capitán de tu "yatch".

CARLOS.—(*Bromeando.*) ¿De veras?

ROSA LUZ.—¡Digo! Y más en esta hora en que el espíritu se recoge en sí mismo, bañado en la plata de la primera estrella. Mira: ¿está el cielo bonito, verdad?

CARLOS.—(*Sin percibir el matiz irónico con que Rosa Luz está hablando.*) ¡Hermosa noche!

ROSA LUZ.—¡Ay de mí! ¡No me digas..., Tenorio!

CARLOS.—..."las cuento y no están cabales"...

ROSA LUZ.—¡Ya, sí; faltan mis ojos!...

CARLOS.—..."que son las más principales".

ROSA LUZ.—¡Mira qué flamenquillo! ¡Creí que te gustaban más las tarantelas venecianas!... ¡Ja, ja!... ¡Eres grandioso!

JOSE LUIS.—Pues, señor, sí que estáis divertidos.

MARQUES.—Hablad claro. ¡Que nos enteremos todos!

FINA.—¿Qué pasa? ¡Tiene razón papá!

ROSA LUZ.—El alma romántica de Carlos que se funde en el encanto de esta tarde azul y le recuerda cierta noche de Venecia en que una mujer desconocida (*A Carlos con sorna*), ¿dogaresa, no?, besó sus labios y huyó, y como por volver a vivir aquel momento diera su vida este primo mío..., que desde entonces busca por el mundo a la mujer de aquella noche, que es su musa, su ideal, su quimera y su obsesión...

CARLOS.—Y mi amor único.

ROSA LUZ.—Y su amor único...; yo quería invitarle para que nos diga a todos cómo fué su aventura.

TODOS.—Sí, cuenta, cuenta.

MUSICA

I

CARLOS. El ambiente encantado
de una noche en Venecia.
Los canales, estuches
de suspiros y estrellas;
en un puente acodado,
sobre las aguas muertas,
evoca la figura
de blanca dogaresca.
¡Y, mirando a la luna,
mi corazón que sueña!

ROSA LUZ. ¡No estás tú mal romántico!

TODOS. ¡La aventura interesa!

(*Con gran interés en lo que cuenta Carlos.*)

CARLOS. ¡Noche de luna sin par,
noche propicia para el amor,
quiero tu canto evocar,
noche de ensueños y de dolor!
¡Ay, mi amor!
¡Qué dolor!
¡Y volver a vivir un instante
de amor!
La luna, que bajo el puente
su luz retrata,
¡de aquella mujer soñada
los pasos guía!
Y luego mi fantasía,
la ve llegar junto a mí;
su aliento de nardo y rosa,
sueño o verdad, suave sentí.

II

Aun vivo el instante aquel,
que no fué sueño ni realidad,
en que sus labios de miel
sobre mi boca sentí posar

y besar, ¡ay, dolor!
Y aun me queman mis labios
sus besos de amor.
Un beso por el que toda
mi vida diera,
de aquella mujer soñada
que espero en vano,
y que el destino tirano
de mí por siempre apartó,
¡porque al volver de mi sueño
no la vi más..., que alada huyó!

(*Recitado sobre la orquesta. Rosa Luz coge una copa de vino y se la ofrece a Carlos, al ir éste a tomarla, Rosa Luz la estrella contra el suelo.*)

Rosa Luz.—(*Riendo al tirar la copa.*) ¡Ja, ja, ja!

Carlos.—(*Extraviado.*) ¡Rosa Luz!

Rosa Luz.—(*Burlona.*) ¡A tu cuento le faltaba una risa!

Carlos.—(*Queda confuso, pero se rehace y canta con más brío.*)

Y que el destino tirano
de mí por mí siempre apartó,
¡porque al volver de mi sueño
no la vi más..., que alada huyó!

(*Con la última frase, fuerte en orquesta y telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Rincón del "hall" o patio cubierto de un suntuoso hotel en Sevilla. Hueco de entrada al foro derecha, que da al vestíbulo y a la calle; chaflán entre el foro y el lateral izquierdo con ventanal que da sobre un sevillanísimo jardín, al que se comunica desde el "hall" por una puerta situada en el primer término izquierda. Otra puerta a la derecha, que da acceso a otras dependencias del hotel. Muebles apropiados: sillas, butacas, mesitas de té y de fumar, etcétera. Es por la tarde, cuatro días después de lo ocurrido en el acto anterior.

(Al levantarse el telón están en escena FINA GAZUL, el MARQUES DE GAZUL y ANTOLIN. Estos últimos, sentados ante una mesita, consumen unas copas de licor. Fina, inquieta, de pie, mira al jardín y al vestíbulo alternativamente. El "jazz-band" o sexteto del hotel deja escuchar desde dentro las notas de un "fox".)

FINA.—Es bonito el estribillo de este "fox"..., ¿verdad?

ANTOLIN.—Mucho.

FINA.—(*Repitiéndolo.*) Laralá-lará-la-laralá-laralí-lararito...

ANTOLIN.—Sí que es verdad... laralá... (etcétera).

MARQUES.—Esto es insoportable. En Sevilla, a las cuatro de la tarde, y tarareando un "fox-trot". ¿Cuándo se ha visto nada igual?

FINA.—Los tiempos cambian, papaíto.

MARQUES.—¡Qué me vas a decir! Si a tu madre la veo yo en una

fonda, porque en mis tiempos no había estos hoteles, tarareando una habanera o un vals de las olas, no naces tú; tenlo por seguro.

ANTOLIN.—Es que eso, con todos los respetos, Marqués, hubiera sido una cursilería.

FINA.—¡Choca!... ¡Ahora has estado bien!

MARQUES.—¡Ah!, ¿es que esto no lo es?

FINA.—No, señor. Eso de la poesía del surtidor, del patio y de la reja florida y del sombrerito ancho y las flores en la cabeza pasó a la historia. Sevilla progresa; Sevilla es ya otra cosa.

(*Cesa la música.*)

MARQUES.—Ya lo creo. Como que si no es por el acento del camarero, que es de la Algaba, no creo que estoy en la tierra de María Santísima. Como esto de Rosa Luz de invitarnos a tomar el té; té por la tarde, en Sevilla, es algo así como tomar helados en el polo norte.

FINA.—Claro; a ti en quitándote de tus chatos...

MARQUES.—Naturalmente; me has quitado de mis chatos y me vas a quitar del mundo. ¡Yo tengo que casarme, Antolín!

FINA.—Y yo, papá. (*Vuelve a sus paseos hacia el ventanal.*)

ANTOLIN.—¡Y yo, Marqués!

MARQUES.—Pues que no sea con esta criatura, porque está de remate.

FINA.—Y José Luis ¿por qué no vendrá?

ANTOLIN.—¿Te interesa mucho?

FINA.—Hombre, me... interesa porque quiere a Rosa Luz, y lo quiero a él, y quiero..., ya comprendes, quiero...; es decir, no; quiero... que el otro...; no quiero nada.

MARQUES.—No sabe lo que quiere; ya te lo he dicho.

ANTOLIN.—Con que me quiera a mí...

FINA.—(*Con guasona exageración.*) ¿A ti? Antolín, ¡eres mi vida! ¡Sin ti, el veneno, el claustro, el revólver, el presidio, la bomba!

MARQUES.—¡Bomba va!

FINA.—Y vámonos de aquí,

ANTOLIN.—¿Y a dónde vamos?

FINA.—¿Pero no sabes que Rosa Luz tiene visita en sus habitaciones? Ya volveremos. Vamos, papá. ¿Te quedas, Antolín?

ANTOLIN.—¿Yo? Tú el sobre, yo la carta; tú el sello, yo el lacre; tú la pluma, yo la tinta; tú...

FINA.—Tú imbécil, y yo creyéndomelo. (*Se va por la primera izquierda, después de dar a Antolín un empujón regular, del que también, tambaleándose, llega él a empujar al Marqués.*)

ANTOLIN.—¿Qué me ha dado, Marqués; qué me ha dado?

MARQUES.—Yo creo que ha sido un empujón.

ANTOLIN.—Y yo; pero, ¿qué me ha dado con el empujón?

MARQUES.—Pues, habiéndome tocado a mí parte, te ha dado recuerdos para la familia.

ANTOLIN.—Es posible... Voy a preguntárselo. (*Y se va por la izquierda.*)

MARQUES.—(*Siguiéndole por el mismo término.*) Pero... ¿por qué tendrá dinero este idiota?... ¡Misterios!

(*Entra JOSE LUIS por el foro seguido de CARLOS. Aquél se asoma al ventanal y mira con curiosidad al jardín.*)

CARLOS.—¿Se fueron?

JOSE LUIS.—Sí. ¡Gracias a Dios que podemos hablar solos!

CARLOS.—Sigue contándome.

JOSE LUIS.—Pues nada, chico. Cuando recibí tu primera carta anunciándome tus propósitos de preparar una entrevista con Rosa Luz se me ocurrió la correría de liebres en "Las Moras".

CARLOS.—Sí; la invitaste, aceptó...

JOSE LUIS.—No aceptó.

CARLOS.—¿Que no?

JOSE LUIS.—No aceptó hasta que yo le dije que tú asistirías.

CARLOS.—¡Ya!

JOSE LUIS.—Y esto me confirmó que está por ti majareta perdida.

CARLOS.—¡Bah!

JOSE LUIS.—Carlos, sin rodeos: ¿a ti te interesa Rosa Luz?

CARLOS.—¿A mí? Como todas las mujeres un poco indescifrables, pero nada más.

JOSE LUIS.—¡Es que está la hija de mi alma que quita la neurastenia!

CARLOS.—Un poco exagerado eres; pero, ¿un whisky? (*A un criado que pasa. Dicho criado es conocido por el Algabeño.*) Whisky.

ALGABEÑO.—"And soda?"

CARLOS.—"Yes".

ALGABEÑO.—"Black and White".

CARLOS.—"Yes".

ALGABEÑO.—(*A José Luis.*) "And you?"

JOSE LUIS.—Pero oye, ¿tú no eres de la Algaba?

ALGABEÑO.—Pa zervirle a usté, zeñorito.

JOSE LUIS.—¿Y hablas inglés?

ALGABEÑO.—Lo chamuyo. ¿O es que de la Argaba no puen zalí más que toreros?

JOSE LUIS.—Es verdad. Pues mira, tráeme de lo que te tomarías tú a estas horas.

ALGABEÑO.—No pue ze, zeñorito. No hay de ezo.

CARLOS.—¿Y qué era eso?

ALGABEÑO.—Un lizo e vino blanco y dos zardinas embarricás.

JOSE LUIS.—Comprendo. Tráete otro whisky.

ALGABEÑO.—"Very well". (*Se va por el foro.*)

CARLOS.—Este sí que es original. Sigue con tu historia.

JOSE LUIS.—Mira, Carlos. Yo tengo que hacerte una confesión.

CARLOS.—Tú dirás.

JOSE LUIS.—Yo, como todo el mundo en Sevilla y en España entera, estoy que hago números por Rosa Luz. Ahora bien; si a ti te gusta, yo me la arranco del corazón, y si te vi no me acuerdo, porque antes que nada, Pepe Luis Carmena es un amigo y un agradecido.

CARLOS.—(*Riendo al ver al ALGABEÑO que entra con el servicio pedido.*) Whisky, Pepe Luis.

JOSE LUIS.—Venga whisky... y venga ya tu contestación.

CARLOS.—Cuando se vaya el de la Algaba.

ALGABEÑO.—(*Yéndose.*) En Zantiponze estoy ya, zeñorito. (*Mutis.*)

JOSE LUIS.—Contéstame, Carlos.

CARLOS.—Pues escucha: Mi prima me interesa como todas las mujeres guapas. Pero de eso a gustarme como mujer propia hay un abismo. Así que puedes estar tranquilo. Hazle el amor y cásate con ella si ella te quiere. Y si estáis conformes me ofrezco para padrino de boda.

JOSE LUIS.—¡Me dejas atónito!

CARLOS.—(*Riendo.*) Y hasta os ofrezco mi "yacht" para el viaje. ¡Sin mí, naturalmente!

JOSE LUIS.—Pero, oye, Carlos. Entonces, ¿por qué ha sido tu interés en que yo buscara un pretexto para estar tú cerca de ella unos días?

CARLOS.—Es un secreto de familia. Ya lo sabrás a su tiempo. Por ahora me conviene callar. De modo que, ¡duro!, a conseguir su amor, y que sea enhorabuena, puesto que parece que vas por buen camino. Ahora, con tu permiso, me voy, que tengo mucho que hacer. He de dar órdenes en el "yacht". ¿Me esperarás?

JOSE LUIS.—No; yo también voy a salir.

CARLOS.—Y volverás a tomar el té aquí; ¿no te ha invitado... ella?

JOSE LUIS.—(*Pasmado.*) Sí.

CARLOS.—¡Perfectamente! (*Aparte.*) (¡Todavía está aquí ella!) Pues hasta luego. Pero... ¡qué serio te has quedado!... Alegra esa cara..., ¡primo!

JOSE LUIS.—¿Cómo primo?

CARLOS.—Hombre, si te casas con ella, primo lejano, pero primo. Hasta luego. (*Se va por el foro riendo.*)

JOSE LUIS.—¿Que no la quiere? Pues señor, ¿estaré yo equivocado?

(*Por el foro llega PATRICIO.*)

PATRICIO.—Oye, ¿dónde va Carlos?

JOSE LUIS.—Al "yacht" me ha dicho; ¿por qué?

PATRICIO.—Porque se ha cruzado conmigo, me ha cogido por las solapas y, echando lumbre por los ojos, me ha dicho: ¡Está aquí ella, Patricio; está aquí! Y supongo que ella no serás tú.

JOSE LUIS.—Supongo que no.

PATRICIO.—Entonces, ¿quién?

JOSE LUIS.—¡Qué sé yo! (*Llamando a un timbre.*) No estoy para jeroglíficos, Patricio.

ALGABEÑO.—(*Por el foro.*) ¿Llamaban?

JOSE LUIS.—Sí, cóbrate esto.

PATRICIO.—Y un whisky para mí. Gracias, Pepe.

JOSE LUIS.—No hay de qué.

PATRICIO.—Oportunidad, ¿sabes?

JOSE LUIS.—Ya, ya lo veo. (*Se dispone a salir después de tomar la vuelta al criado.*)

PATRICIO.—¿Dónde vas?

JOSE LUIS.—A contar los frailes.

PATRICIO.—Recuerdos al prior.

JOSE LUIS.—(*Al mutis por el foro.*) Que te diviertas.

ALGABEÑO.—(*A Patricio.*) "Do you like soda?"

PATRICIO.—¿Cómo? Mira, a mí en extranjero no.

ALGABEÑO.—De la Argaba zoy.

PATRICIO.—¡Pues habla en *algabeñó*, pelmazo!

ALGABEÑO.—Que zi queremos zoda.

PATRICIO.—*¿Zoda?* Queremos *zoda;* y queremos que te enteres si le dijeron a la señorita Rosa Luz Jiménez que está aquí Patricio González. Eso queremos.

ALGABEÑO.—Está bien.

PATRICIO.—Y la contestación en cristiano, ¿sabes? Como en la Algaba.

ALGABEÑO.—Ezo no pue ze.

PATRICIO.—¿Por qué?

ALGABEÑO.—Porque en la Argaba zemos laicos.

PATRICIO.—(*Imitándolo.*) Zemos laicos y zemos pa troncharze con nozotros.

(*Se va el criado. Por la derecha entra FLORIA.*)

FLORIA.—¡Patricio!

PATRICIO.—(*Aparte.*) (¡Mi tía la perlática!)

FLORIA.—Perdóname. Rosa Luz tiene una visita importante y mientras me ha enviado aquí, al "hall", para que te entretenga.

PATRICIO.—¿Para que me entertengas... tú? ¡Mira qué mona!

FLORIA.—¿Te molesta?

PATRICIO.—¡No, qué va!

FLORIA.—Es que si te molesta me alegraré mucho, sinvergüenza.

PATRICIO.—¡Sin insultar!

FLORIA.—¡Sinvergüenza! ¿Qué te hice yo para que me abandonaras de aquel modo inicuo? ¿Qué te hice?

PATRICIO.—Entonces, no recuerdo; ahora me hace muchísima gracia.

FLORIA.—Y la que te voy a hacer; porque estoy dispuesta a todo.

PATRICIO.—¿A todo? ¿Y qué es todo?

FLORIA.—A que te den los cuatro tiros que mereces.

PATRICIO.—¡Floria!

FLORIA.—¡Y a ti tirarme luego por un balcón!

PATRICIO.—Vamos, que has tomado en serio eso de la "Tosca".

FLORIA.—Desde luego.

PATRICIO.—Pues yo, *cavallieri* Cavaradossi, ni en broma.

FLORIA.—Caballero no podrá serlo nunca el hombre que ilusiona a una mujer—paloma inocente—y, lejos de cumplir sus promesas, la abandona a su suerte triste. ¡Eso es una felonía!

PATRICIO.—¡Eso es un tango!

FLORIA.—Es una felonía, porque tú me querías, ¡me quieres!, y te fuiste al saber la ruina de mi familia, al saber que yo era pobre... ¡Pobre de mí!

PATRICIO.—(*Imitando el final de un tango.*) ¡Chon..., chon!... ¡Tango, maestro!

FLORIA.—Ahora, que Dios es justo y ha permitido que yo conozca tu castigo, viéndote sin un real, viviendo de *gorra* a costa de Carlos, haciendo el ridículo, el hazmerreír, mientras que yo tengo ya mi vida asegurada, y espléndidamente.

PATRICIO.—¿Ah, sí?

FLORIA.—Sí. Rosa Luz, que me quiere, me deja heredera de una parte de su fortuna si no me caso, y si me caso, me dota. En cambio tú terminarás como debes, en un triste asilo, en un hospital..., ¡y chon, chon!... ¡Toma tango!

PATRICIO.—Oye, oye... ¿No es música eso?

FLORIA.—Es tu castigo y mi venganza.

PATRICIO.—No, Floria; tú no lo permitirás. Yo te quise siempre, ¡te quiero!, tú me lo has dicho... Tú eres buena; tu cariño, tu corazón, tu dote, tu... Yo te he llevado siempre en mi alma... Tu recuerdo, ¡oh, Tosca!, era para mí una "recóndita armonía"... ¡Yo seré tu Cavaradossi, Tosca mía!

FLORIA.—¿De veras, Patricio?

PATRICIO.—En cuanto me entere por Rosa Luz...

FLORIA.—¿De qué?

PATRICIO.—De que son ciertos tus sufrimientos por mí, de tu fidelidad, de tu cariño ciego, de tu...

FLORIA.—De mi dote, ¿verdad?

PATRICIO.—¡Eso!... Eso es lo de menos; tú perdóname y quiéreme, paloma.

FLORIA.—Te quiero, gavilán.

PATRICIO.—(*Cayendo en sus brazos.*) (¡Si no es verdad la acogoto!)

(*Por la derecha, ROSA LUZ.*)

ROSA LUZ.—¡Floria! ¡Floria!

FLORIA.—¡Rosa Luz!

ROSA LUZ.—¿Qué ocurre?

FLORIA.—¡Dile que sí; dile que sí a Patricio!

ROSA LUZ.—Pero, ¿se me va a declarar? Mira, déjame en paz, Floria.

FLORIA.—Os dejo; pero dile que sí, dile que sí. (*Desaparece por la derecha. Sale el Camarero con el servicio de whisky*).

ROSA LUZ.—¡Esta mujer es tonta!

PATRICIO.—Tonta, pero se agarra. (*Acción de abrazar.*)

ROSA LUZ.—Patricio, te he mandado llamar porque lo sé todo. ¡Está aquí, Patricio; está aquí!

PATRICIO.—¡Caracoles! ¿Tú también? Pero, ¿puede saberse quién está aquí?

ROSA LUZ.—Ella; el fantasma, la ilusión... ¡La mujer de aquella noche!

PATRICIO.—¿De veras?

ROSA LUZ.—No te hagas de nuevas, porque tú lo sabes.

PATRICIO.—¡Ca!...

ROSA LUZ.—¿Lo ves? Así empieza su nombre: Carolina.

PATRICIO.—¿Carolina?

ROSA LUZ.—Tiene nombre de cuplé. ¿No?

PATRICIO.—Cuando tú lo dices...

ROSA LUZ.—Oye, y a ver si no. ¡Hasta se podría bailar y todo!

MUSICA

ROSA LUZ.
Es su nombre Carolina,
tiene un apellido inglés
y es una mujer divina,
de las que valen por tres,
Carolina.

PATRICIO.
¿Carolina?

ROSA LUZ.
Es la bella Carolina
de atractiva distinción,
elegante y femenina,
y es locura y tentación
Carolina.

PATRICIO.
¡Carolina!

ROSA LUZ. Tras la hermosa Carolina
van los hombres en legión,
y en sus ojos adivina
su perversa condición
Carolina.

PATRICIO. ¡ Carolina !

ROSA LUZ. Y por ser lista y ladina,
viendo a Carlos de ella en pos,
y a ti en plan de Celestina,
se divierte con los dos
Carolina.

PATRICIO. ¡ Carolina !

(*Cesa la música.*)

HABLADO

PATRICIO.—Me dejas asombrado. Pero, ¿cómo sabes?

ROSA LUZ.—Carolina Peterson, la Diplomática.

PATRICIO.—¿La diplomática? ¡Ah, vamos, sí; el nombre de guerra!

ROSA LUZ.—Así la llamas tú.

PATRICIO.—¿Yo?

ROSA LUZ.—Acabo de saberlo; estoy bien informada.

PATRICIO.—Pues que te devuelvan el dinero, porque yo no sé una palabra.

ROSA LUZ.—Veo que eres un buen amigo de Carlos; pero eso no importa. Yo quiero saberlo todo por ti mismo. ¿Cuánto vale tu secreto? Pide.

PATRICIO.—¡Me ofendes, Rosa Luz!

ROSA LUZ.—Pues dímelo.

PATRICIO.—No puedo. (*Aparte.*) (¡Ojalá pudiera!)

ROSA LUZ.—¿Guapa?

PATRICIO.—¡ Ah !

ROSA LUZ.—¿Joven?

PATRICIO.—¡ Uh !

ROSA LUZ.—¿Interesante?

PATRICIO.—¡ Oh!

ROSA LUZ.—O dejas el abecedario o te araño.

PATRICIO.—Araña, pero seré una tumba. ¡Así entiendo yo la amistad!

ROSA LUZ.—Está bien; pero la mía ha concluído para ti. No vuelvas a dirigirme la palabra. Adiós. (*Se va hacia el foro.*)

PATRICIO.—Pero, mujer... (*Aparte.*) (¡Ah, no! Esta tiene que decirme lo de la dote; yo le invento a Carolina Peterson y a su padre si es preciso.) (*Alto.*) ¡Rosa Luz!

ROSA LUZ.—¿Qué?

PATRICIO.—Rosa Luz, tu amistad antes que la de Carlos. Te contaré, pero júrame que serás una tumba.

ROSA LUZ.—Fría; te lo juro.

PATRICIO.—Bueno, pues sí... (*Aparte.*) (¿Qué le invento yo a ésta?...) (*Alto.*) ¿Quieres saber dónde está la Carolina?

ROSA LUZ.—¿Dónde?

PATRICIO.—En Jaén.

ROSA LUZ.—¿Chistecitos geográficos a mí? ¡Déjame en paz, Patricio!

PATRICIO.—Pues bien; sin rodeos. Esa mujer, Carolina Pérez...

ROSA LUZ.—Peterson.

PATRICIO.—Pérez, ¡si lo sabré yo! El Peterson es figurado. Y espera que beba. (*Bebe y aparte dice*:) (Tiempo para pensar.)

ROSA LUZ.—(*Aparte.*) (¿Por dónde irá a salir éste? A ver si de una mentira puedo hacer una verdad.)

PATRICIO.—¡Pues sí!, Carolina Pérez, alias la Diplomática, es la mujer de aquella noche. Le llamamos la Diplomática por ser la esposa de un secretario de legación suda...

ROSA LUZ,—¿Cómo?

PATRICIO.—(*Bebiendo.*) Suda... Suda... mericano.

ROSA LUZ.—¡Ya!

PATRICIO.—Ya..., ya voy encarrilado. Es hija de un tal Pérez...

ROSA LUZ.—¿Sudamericano también?

PATRICIO.—Suda es español, como yo; natural de Fuenlabrada y fabricante de rosquillas (*Aparte.*) (Ya le inventé el padre.)

ROSA LUZ.—(*Riendo.*) Hombre, ¿sí?

PATRICIO.—Sí, Pérez emigró; puso una confitería allá, ganó un dineral, se metió en política y tanto subió que, ya próximo a rebosarse, tuvo que ampliar hasta el apellido. De Pérez pasó a Peterson.

ROSA LUZ.—¡Qué pintoresco!

PATRICIO.—Cosas de América.

ROSA LUZ.—Ya, ya; pero la hija...

PATRICIO.—La hija se casó con un Borrego.

ROSA LUZ.—¡Definitivo!

PATRICIO.—De apellido, mujer.

ROSA LUZ.—Ya, ya me lo figuro.

PATRICIO.—Diplomático; vienen a Europa...

ROSA LUZ.—Y pasaron por Fuenlabrada.

PATRICIO.—Ella no sé; él pasó por cuanto hay que pasar. Inglaterra, Suiza, Italia... Total: que vió a Carlos allí, se enamoró de él, sobrevino la aventura que conoces, y cuando la muy romántica le dió el beso fatal, vió venir al marido, huyó... y desapare-

ció de Venecia, y para Carlos del mundo entero. ¡Y hasta hoy! (*Aparte.*) (Soy un novelista.)

ROSA LUZ.—Hasta hoy, no; hasta antes de ayer, que volviste a hablar con ella.

PATRICIO.—¿Yo?

ROSA LUZ.—No me lo niegues.

PATRICIO.—Bueno, bueno; pues sí. (*Bebe.*)

ROSA LUZ.—(*Aparte.*) (Ya verás ahora, embustero.) (*Alto.*) Patricio, yo quiero conocerla. ¡Preséntame a esa mujer!

PATRICIO.—¡Eso sí que no!

ROSA LUZ.—¿Por qué?

PATRICIO.—Porque es imposible.

ROSA LUZ.—Nada hay imposible.

PATRICIO.—¿Que no? ¡Esto!

ROSA LUZ.—¿Qué temes?

PATRICIO.—Le temo a Borrego.

ROSA LUZ.—¡Cobarde!

PATRICIO.—Además, quiero llevarme a Carlos; esta aventura es peligrosa. Mañana dará una fiesta de despedida en el "yacht" y pasado, agua de por medio.

ROSA LUZ.—No te lo lleves, Patricio. Hazlo por mí.

PATRICIO.—Pero, ¿qué interés tienes?

ROSA LUZ.—Hay entre Carlos y yo una cuestión de familia que él no quiere abordar. Trata de rehuirla; pero si esa mujer se queda en Sevilla puede hacer que Carlos no se vaya, y así yo tenga tiempo y ocasión de... ¿Comprendes? Haz que se quede.

PATRICIO.—Con una condición.

ROSA LUZ.—¿Cuál?

PATRICIO.—Que me digas si es cierto que dotas a Floria.

ROSA LUZ.—Si se casa, desde luego: en ochenta mil duros.

PATRICIO.—¿Qué has dicho? ¡Se casa... conmigo!

ROSA LUZ.—¿Ah, sí? Pues si no se queda Carlos no hay dote, Patricio.

PATRICIO.—¡Se queda! ¡Vaya si se queda!

ROSA LUZ.—Bien, Patricio.

PATRICIO.—¡Aunque tenga que echar a pique el "yacht"!

ROSA LUZ.—Pues adiós..., ¡y guárdame el secreto!

PATRICIO.—Guárdamelo tú a mí.

ROSA LUZ.—Desde luego. ¡Adiós, salado! (*Se va por la derecha riendo.*)

PATRICIO.—¡Adiós, maravilla! ¡Ochenta mil duros! Pero... ¿será verdad que está aquí esa mujer? El me ha hablado algunas veces de una mujer, pero... ¡Nada, nada, Patricio! Si está yo la encontraré, y se queda. Y si no está se la invento. Por lo pronto, en cuanto venga alguien yo lanzo la especie y... (*Entra JOSE LUIS*

por el foro y por la izquierda FINA, el MARQUES y ANTOLIN.) *(A José Luis.)* Hombre, me alegro que vuelvas. Ya sé quién está aquí.

JOSE LUIS.—¿Quién?

PATRICIO.—*(A todos.)* ¡Notición, señores! ¡Está aquí!

FINA.—Pero, ¿quién?

PATRICIO.—La dama incógnita; el fantasma que Carlos persigue: ¡la mujer de aquella noche!

JOSE LUIS.—Pero, ¿aquí, en el hotel?

PATRICIO.—En el hotel, no; en Sevilla.

FINA.—¿Y quién es, tú?

PATRICIO.—¡Ah! ¡Ese es mi secreto! Si lo dijera no me lo perdonaría Carlos. Quedáos con Dios. *(Mientras desaparece por el foro.)* (Ya está lanzada la semilla... ¡Ahí queda eso!)

FINA.—*(Al Marqués.)* Entreténme a Antolín, papá.

MARQUES.—Pero...

FINA.—¡Entreténmelo!

MARQUES.—Sí, hija, sí. Oye, Antolín. *(Antolín acude solícito a un rincón mientras Fina se dirige a José Luis.)* ¿Qué opinas tú del toreo rondeño? *(Siguen en voz baja.)*

FINA.—*(A José Luis.)* ¿Pero es cierto lo que dice Patricio?

JOSE LUIS.—Por lo visto.

FINA.—Entonces, ¿nuestra farsa?

JOSE LUIS.—Yo no sé nada; pero no importa. Sigámosla hasta que yo hable con esa mujer, que no conozco, y con Carlos.

FINA.—¿Pero qué hago yo con Antolín?

JOSE LUIS.—¡Seguir entreteniéndole! Y no te remuerda la conciencia, porque luego te tengo que contar una cosa de ese títere que te dejará pasmada.

FINA.—Dime qué es.

JOSE LUIS.—Ahora no.

FINA.—¡Pues dime que me quieres!

JOSE LUIS.—Fina, ya sabes que no me gusta decírtelo así, delante de la gente.

FINA.—¡Ay, Pepillo Luis de mi vida! ¿Por qué me has hecho seguir este engaño?

JOSE LUIS.—¿Y me lo preguntas? Porque ni en broma querías tú que yo le hiciera el amor a Rosa Luz.

FINA.—¡Eso, desde luego!

JOSE LUIS.—Y porque no crees todavía que es Rosa Luz quien me obliga a enamorarla delante de todos, y de Carlos el primero.

FINA.—Sí, lo creo; pero me hace muy poca gracia, la verdad.

JOSE LUIS.—Ya falta poco, corazón. Tú sigue dándole conversación a Antolín, y disimula, porque se le saltan los ojos mirando para acá.

FINA.—¡Antolín!

ANTOLIN.—¡Finina!

FINA.—(*A José Luis.*) ¡Mira, monino! (*A Antolín.*) ¡Pégale a José Luis, que me ha llamado corazón suyo!

ANTOLIN.—¡Mujer!... ¿Pegarle?

FINA.—Pegarle. ¡Anda!

ANTOLIN.—Me juego la vida. Pero todo sea por ti. (*Va a darle a José Luis un bofetoncito suave, y José Luis le coge la mano, riendo y apretándosela fuertemente.*) ¡Ay, que me lastimas, animal!

FINA.—(*Que ha ido hacia su padre.*) Entreténme a José Luis.

MARQUES.—¿Estás loca?

FINA.—¡Llévatelo, papá! (*Volviendo a José Luis, que aun tiene sujeto a Antolín.*) ¡Ay, que me lo lastimas! ¡Quita, bruto!

MARQUES.—Pepe Luis, ¿haces el favor? (*Pepe Luis va hacia el Marqués.*) Vamos a respirar un poco. Oye..., ¿qué opinas tú del toreo rondeño? (*Se marchan ambos por la izquierda.*)

MUSICA

(*Al quedar solos Fina y Antolín ataca nuevamente el "jazz-band" del hotel un fox, el mismo o distinto del principio del acto, como estime mejor el maestro.*)

FINA.—(*Sobre la música.*) Antolín, ¿te han hecho pupa, vidita?

ANTOLIN.—Pupina, mira.

FINA.—Y por mi culpa; ¿me perdonas?

ANTOLIN.—Te perdono porque veo lo que me quieres.

FINA.—¿Lo ves con esa miopía?

ANTOLIN.—Y veo también que aunque José Luis te llame a ti corazón suyo, a quien quiere es a Rosa Luz.

FINA.—¿También ves eso?

ANTOLIN.—Como veo que Rosa Luz le corresponde.

FINA.—¡Dios te conserve la vista!

ANTOLIN.—Y pídele también que me la aumente. Para ver de una vez que te gusto.

FINA.—¡Ay, lo que me gustas!

ANTOLIN.—(*Acercándosele mucho.*) ¡Y, ay, lo que estoy viendo!

FINA.—También este "fox" se pega al oído ¡Escucha! ¿Eh? ¡Qué bien!... Y también se presta a ponerle letra. Verás. (*Cantando a tiempo.*)

Oye este "fox", qué elegante;
oye este "fox", qué incitante.
Mira qué bien se puede bailar.

ANTOLIN. Lo bailarás al instante.

puesto que yo soy galante
y lo aprendí como verás
con mi mamá.

FINA. Tu mamá, mamá,
¡ay!, qué bien te daba la lección.
Mi Antolín es una estrella
de salón,
y si le dan cuerda es un peón.

ANTOLIN. Mi mamá, mamá
me enseñó a bailar el pericón,
tango, fox, el vals y el chotis
y el danzón.
cuando yo tomaba el biberón.
(*Bailan.*)

FINA y ANTOLIN. Aunque eres / soy corto de vista
vas a lograr / voy a lograr tu conquista,
pero que ya.
Por mi / Por tu mamá.
¡Ay, su / mi mamá.

ALGABEÑO.—(*Que entra.*) "Excuse me".

ANTOLIN.—¿Qué?

ALGABEÑO.—"Excuse me. It is not permised to dance gia here".

ANTOLIN.—¡Tu tía!

ALGABEÑO.—¡La zuya, zeñorito!; y ojo con inzurtá, que zoy de la Argaba.

ANTOLIN.—¡Mi madre!

ALGABEÑO.—"All right". Zu mare, zí. Dicho en inglés.

FINA.—Bueno; ¿y qué querías en español?

ALGABEÑO.—Pues que pa bailá tiene el hotel una zala ahí fuera que ze van los pies; pero aquí me ha encargao el encargao que les diga a uztedes que no se baila, y no se baila.

FINA.—(*A Antolín.*) ¿Sabes que lo ha dicho muy claro?

ANTOLIN.—Déjamelo a mí, que yo arreglaré a éste. (*A Algabeño.*) Oye, tú, ¡yo bailo!, ¿eh?; bailo porque quiero, que tú no sabes quién soy yo.

ALGABEÑO.—Manque zea usté la Argentinita, no baila.

ANTOLIN.—Pues bailo aunque seas el propio lord del Almirantazgo de la Algaba. (*Y se pone a bailar solo. Luego se para en seco.*) ¡A Antolín Pacheco, imposiciones, no; díselo al encargado!

(*A Fina.*) ¿Eh? ¿Qué te parece, Finita? ¿Hay energía? ¿Hay autoridad? ¿Hay "cosa"?...

FINA.—Hay... que irse, Antolín, porque tienes las gafas en capilla. Vámonos.

ANTOLIN.—Ya me da igual. Esta vez has pinchado en hueso, Algabeño. (*Se van por la izquierda.*)

ALGABEÑO.—(*Solo.*) Pos has estao a punto de morir descordao, Antolín Pacheco. "All right". (*Por la derecha llega ROSA LUZ.*) *ROSA LUZ.*)

ROSA LUZ.—(*A Algabeño.*) ¿"Haw times have you, Algabeño?

ALGABEÑO.—(*Mirando su reloj de pulsera.*) "Half pass for, miss".

ROSA LUZ.—"Weel. Thank you".

ALGABEÑO.—(*Aparte.*) (Esto es una zeviyana cañí, y no eze otro par de gruyos.) ¡Qué *biutifú!* (*Se va por el foro, llevándose el servicio de whisky que dejó Patricio.*)

FLORIA.—(*Entrando foro.*) Rosa Luz, contéstame.

ROSA LUZ.—No seas pesada.

FLORIA.—¿Le confirmaste a Patricio?

ROSA LUZ.—Sí, que te doto.

FLORIA.—¡Ay, Dios te lo pague! ¿Y qué? ¿Crees tú que se decidirá?

ROSA LUZ.—Allá vosotros.

FLORIA.—Gracias, Rosa Luz; gracias. ¡Ah!, se me olvidaba. Por lo que pueda servirte, te voy a dar una gran noticia. ¡La dama misteriosa está en Sevilla!

ROSA LUZ.—(*Con fingida sorpresa.*) ¡Me dejas atónita! ¿Y tú por quién lo sabes?

FLORIA.—Por Patricio, que tiene el encargo de preparar la entrevista con Carlos; es un papelito bastante feo, ya se lo he dicho; pero él, como es tan bueno y tan amigo suyo, lo ha aceptado. ¿De qué te ríes?

ROSA LUZ.—De nada, mujer. Vaya, menos mal; ya tiene Carlos en sus manos, y por lo visto, para muy pronto en sus brazos, a su dama duende. ¡Te digo que es para morirse de risa!... ¡Majadero!

FLORIA.—¡Ay, ay, Rosa Luz! ¡Me parece que te interesas demasiado por Carlos!

ROSA LUZ.—¿Yo?... ¡Pues sí que tienes vista! Oyelo bien: el único hombre que me interesa en el mundo es José Luis.

FLORIA.—El pobre está indeciso. Te teme.

ROSA LUZ.—Yo haré que se decida.

FLORIA.—Pues aprovecha la ocasión, porque aquí viene.

ROSA LUZ.—Pues déjanos solos.

FLORIA.—¡Digo!.., Sobre la marcha. Y buena suerte. (*Sale por el foro donde, al cruzarse con JOSE LUIS, que entra, dice a éste*

por lo bajo.) Aprovéchese. Está a punto de caramelo. *(Y se va.)*

JOSE LUIS.—¡Cuidado!

ROSA LUZ.—¿Qué pasa?

JOSE LUIS.—Carlos está en el vestíbulo. Sé prudente.

ROSA LUZ.—¿Hablaste con él?

JOSE LUIS.—Sí.

ROSA LUZ.—¿Y descubriste?

JOSE LUIS.—Algo que no te figuras.

ROSA LUZ.—¿Y es?

JOSE LUIS.—Que no le interesas.

ROSA LUZ.—¿Cómo?

JOSE LUIS.—Que le traes sin cuidado.

ROSA LUZ.—¡Eso no puede ser!

JOSE LUIS.—Pues es. Hasta se me ofreció como padrino de nuestra boda.

ROSA LUZ.—¿Será que sospecha la verdad, que tú y yo estamos de acuerdo para fingir este amor?

JOSE LUIS.—Al contrario. Cree en firme que nos gustamos.

ROSA LUZ.—Entonces no comprendo...

JOSE LUIS.—¡Ay, Rosa Luz! ¡Tú estás enamorada de Carlos!

ROSA LUZ.—¿Enamorada? ¡Yo no pienso más que en divertirme con él!

JOSE LUIS.—Pero es que además hay algo más grave todavía.

ROSA LUZ.—¡Cuéntame!

JOSE LUIS.—Que la otra, esa mujer fantasma que no sé quién pueda ser, está en Sevilla.

ROSA LUZ.—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Perfectamente!

JOSE LUIS.—¿Por qué te ríes?

ROSA LUZ.—Por tu descubrimiento.

JOSE LUIS.—¿Lo sabías?

ROSA LUZ.—Sí.

JOSE LUIS.—¿Y te quedas tan fresca?

ROSA LUZ.—Pero, ¿cómo no he de quedarme, bobo, si esa mujer la he inventado yo?

JOSE LUIS.—¿Tú?

ROSA LUZ.—Naturalmente; y si vieras cómo me ha ayudado Patricio... No puedes imaginarte la historia absurda que le hice inventarme sobre mi misma patraña. ¡No sé cómo pude contener la risa! Esa mujer misteriosa es la que me ha de vengar de Carlos.

JOSE LUIS.—¡Calla, que él viene!

ROSA LUZ.—¡Pues abrázame, Pepe Luis!

JOSE LUIS.—Pero...

ROSA LUZ.—¡O te abrazo yo! ¡Tonto! *(Y abraza a José Luis, procurando adoptar una "pose" de estrella de cine que tenga cierto aire cómico. Un momento antes, y sin ser vistos, han entrado por*

la derecha FINA y ANTOLIN, que al ver abrazados a Rosa Luz y a José Luis se quedan sorprendidos. Fina da un gritito y dice a Antolín.)

FINA.—¡Abrázame, Antolín!

ANTOLIN.—¡Qué gusto! *(Y la abraza.)*

FINA.—Así; ¡más fuerte!

ANTOLIN.—¡Bueno! *(Antolín queda convertido en el verdadero náufrago. Casi simultáneamente a esto, que debe ser rapidísimo, entra CARLOS, que, ante el cuadro que se ofrece a sus ojos, se detiene en la puerta del foro y pregunta riéndose.)*

CARLOS.—¡Náufragos! ¿Estorbo?

LOS CUATRO.—¡Ah! *(Despréndense ambas parejas.)*

FINA.—*(A José Luis.)* ¡Ya es demasiado!

JOSE LUIS.—¡Eso digo yo!

FINA.—¡Búscame a mi padre!

JOSE LUIS.—¿Para qué?

FINA.—Para que sepa que me caso con Antolín.

ANTOLIN.—¡Nada más que eso!

JOSE LUIS.—*(Sin hacer caso de Carlos, que permanece en el foro, y, sonriente, enciende un pitillo, se dirige a Fina y le dice.)* ¿Sí?... ¡Que sea enhorabuena!

FINA.—¡Bah! *(Y volviéndole la espalda, se va por la derecha, seguida de José Luis y de Antolín, dejando solos, por consiguiente, a Rosa Luz y Carlos.)*

MUSICA

CARLOS. Siento haber interrumpido
un coloquio tan ameno;
no pedí al entrar licencia,
y de veras lo lamento.

ROSA LUZ. No reviste en modo alguno
importacia el incidente,
puesto que es de la familia
el galán que lo sorprende.

CARLOS. ¿No le importa?
ROSA LUZ. ¡Da lo mismo!
CARLOS. Mas si alguno...
ROSA LUZ. ¡Me es igual!
CARLOS. ¡Qué tranquila!
ROSA LUZ. ¡Es mi carácter!
CARLOS. ¿No es nerviosa?
ROSA LUZ. ¡Regular!

CARLOS. El galán que adora a una mujer
constante debe ser por condición;
y cumplir con su deber,
pero no huir en la ocasión.

ROSA LUZ. El galán que adora a una mujer,
galante debe ser por condición;
y cumplir con su deber,
y no reír sin ton ni son.

CARLOS. Si le aguardan esos brazos,
¡por quién soy, que me da envidia!

ROSA LUZ. Pues por más que yo le empujo,
se resiste y *me castiga.*

CARLOS. Es que acaso el pobre teme
que le tiren la contraria.

ROSA LUZ. O que sueña con el beso
de una dama veneciana.

CARLOS. ¡Qué cobarde!

ROSA LUZ. ¡Demasiado!

CARLOS. ¡No lo entiendo!

ROSA LUZ. ¿Pues y yo?

CARLOS. ¿Le hablo al alma?

ROSA LUZ. ¡No la tiene!

CARLOS. ¡Qué desdicha!

ROSA LUZ. ¡Qué dolor!

CARLOS. Siempre fué la risa en el amor
perfume de la flor de mi jardín;
¡y de azahar embriagador
la risa tuya es para mí!

ROSA LUZ. Siempre fué la risa en el amor,
herida de puñal que mata al fin
y puñal desolador
la risa tuya es para mí.

CARLOS. ¡Qué tentación!

ROSA LUZ. } Tras el se va mi corazón.
CARLOS. } Tras ella se va mi corazón.

(Terminado el dúo, en el que, con un sentido irónico, han desarrollado su propia situación, quedan el uno frente al otro y, casi simultáneamente, estallan en una carcajada.)

HABLADO

Rosa Luz.—¿De qué te ríes?

Carlos.—Con igual derecho puedo yo hacer la misma pregunta.

Rosa Luz.—No es tan fácil la contestación: la risa de las mujeres siempre suele tener una trayectoria más complicada que la vuestra.

Carlos.—Como ahora, por ejemplo.

Rosa Luz.—Pon que así sea. (*Ante el silencio indiferente de Carlos, pregunta a éste con coquetería.*) ¿No te interesa descubrirla?

Carlos.—¡Pchs! Eso a quién puede interesarle es a Pepe Luis.

Rosa Luz.—Es poco curioso. Lo contrario de lo que te pasa a ti.

Carlos.—No te entiendo.

Rosa Luz.—¡A ver si lo que a ti te pierde no es tu curiosidad! La dama incógnita te está haciendo pasar las negras, primillo.

Carlos.—¿Tú crees?

Rosa Luz.—Me remito a los hechos. Y te disculpo, Carlos; vale la pena.

Carlos.—Pero, ¿la conoces?

Rosa Luz.—Pues claro; tan bien como tú... ¡Ja, ja!

Carlos.—Mira, eso es interesante. ¡Cuéntame, cuéntame! (*Entra de nuevo JOSE LUIS, que, todo azorado, trata de dar explicaciones a Carlos.*)

Jose Luis.—Carlos, te debo una explicación; ¡no puedo más! O ahora mismo quedo en mi sitio o...

Carlos.—Pero, ¿de qué me hablas? ¡No te va ese tono trágico, Pepillo!

Rosa Luz.—Pues, bien; sí. Ya que hemos llegado al límite, vaya toda la verdad, Carlos; cuanto te ha hablado Patricio es falso; porque, sábelo de una vez: la dama de Venecia, la mujer de aquella noche..., ¡soy yo!

Carlos.—¿Tú?

Rosa Luz.—(*A José Luis.*) Agradezco tu cariño, Pepe Luis; pero ya comprenderás que, después de esta confesión, no soy, no puedo ser digna de ti. ¡Véte y olvídame!

Jose Luis.—Pero, Rosa Luz, ¿es que todos vamos a volvernos locos? Mira, Carlos; yo...

Carlos.—¡Escúchame! (*Aparte.*) (Ahora me las paga ésta.)

Rosa Luz.—(*Aparte.*) (¿Por dónde irá a salir?)

Carlos.—Rosa Luz, yo te agradezco infinitamente el sacrificio que para ti supone denunciarte como la mujer de aquella noche; y

como reconozco que es una criatura peligrosa y que por bondad tratas de alejarme de ella, te lo agradezco con toda mi alma, pero no lo conseguirás, porque la pasión que siento por ella es más fuerte que yo. Esa mujer está en Sevilla, y de aquí no saldré sino con ella, y hasta el fin del mundo, si es preciso.

JOSE LUIS.—Bueno, pero ¿y yo?

CARLOS.—Vuelve a Rosa Luz, que te quiere. Y no me desdigo de mi palabra: padrino vuestro de boda; mañana os espero en el "Paloma" para obsequiaros con mi cena de despedida. ¡No me faltéis, que nos divertiremos en grande! (*Se va por el foro.*)

JOSE LUIS.—¿Lo ves, Rosa Luz, lo ves? ¡No es posible tomar a risa estas cosas tan serias!

ROSA LUZ.—Vete, ¡déjame en paz!

JOSE LUIS.—Pero, oye, ¿qué culpa tengo yo?

ROSA LUZ.—Que me dejes, te digo.

JOSE LUIS.—Te obedezco. (*Se marcha por el foro.*)

ROSA LUZ.—Pero..., ¿qué es esto, Rosa Luz? ¿Es que quiere divertirse contigo? No; él afirmó muy en serio. Pero si fuiste tú; tú la que lo besaste aquella noche en Venecia; tú la que huiste, y tú la que has urdido esta farsa y la que has inventado a esa mujer. Pero... entonces, ¿quién es esa otra que trata de suplantarme, de arrebatármelo? ¡Ah! ¡No, no! Sea quién sea, ¡quitármelo, no! Rosa Luz, ahora es cuándo empieza la batalla y en serio. (*Llamando a Floria.*) ¡Floria! ¡Floria! (*Entra PATRICIO por el foro.*)

PATRICIO.—Chica, ¿por qué se ríe Carlos? Porque, ¡vamos, es que se troncha! ¿Y por qué va echando lumbre Pepe Luis? ¿Ha pasdao algo entre los dos? Cuéntame, porque debe ser gracioso.

ROSA LUZ.—Mucho. ¡Graciosísimo!

PATRICIO.—Ya me lo contarás; pero antes has de saber que acabo de hablar con Carolina.

ROSA LUZ.—¿Sí, eh? ¿Con Carolina, verdad?

PATRICIO.—¡Y que es una mujer!... ¡Canela!

ROSA LUZ.—Canela es lo que vas a oír. Porque, entérate: Carolina, esa Carolina, es la que acaba de dejar sin dote a mi señora de compañía.

PATRICIO.—¿Eh?... ¿Es decir que la Carolina?...

ROSA LUZ.—Está en Jaén, rico.

PATRICIO.—Y yo en el Congo; pero que ya. (*Por el foro llega FLORIA.*)

FLORIA.—¡Rosa Luz, Rosa Luz! ¡Ah, Patricio!

ROSA LUZ.—¿Qué pasa?

FLORIA.—Una señora pregunta por ti y tiene un gran interés en hablarte en seguida.

ROSA LUZ.—¿Una señora?

FLORIA.—Para mí desconocida. Alta, rubia, con acento extranjero. Esta es su tarjeta. (*Lee una que trae.*) Elsa Lócker.

PATRICIO.—¡ Caracoles !

ROSA LUZ.—¡ Ah ! Es ella. ¡ Por fin vamos a vernos cara a cara ! Que pase. (*A Patricio.*) Y si es una cualquiera que habéis preparado para embromarme, os vais a acordar de mí : ella, Carlos y tú ; los tres. Os lo juro. (*Música. Se oye cantar dentro, a Carlos, el final del dúo anterior.*)

PATRICIO.—Mira, mira ; a mí no me metas en líos, que yo no he preparado a nadie.

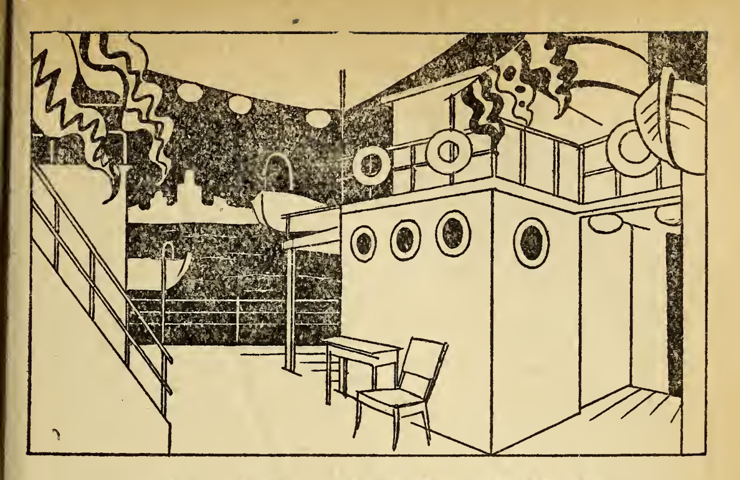
ROSA LUZ.—¿ Que no ?

PATRICIO.—Que no. ¡ Que me registren !

ROSA LUZ.—Ahora lo veremos. (*A Floria.*) ¡ Que pase ! ¡ Que pase esa... señora ! ; y así nos convenceremos de quién es la mujer de aquella noche. (*Se va Floria. Patricio quiere marcharse también. Sigue cantando Carlos, y lentamente va cayendo el telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO





ACTO TERCERO

Toldilla del "Paloma", el yatch de Carlos Dewisson, surto en Sevilla. El "Paloma" justifica su nombre, porque es blanco, de un blanco que triunfa sobre el azul oscuro del cielo de la noche sevillana, en el desarrollo de este acto. La toldilla está preparada como para una fiesta: banderas, gallardetes, flores, etc. Hacia la izquierda, la cámara principal formada por un trasto que avanza hacia el centro de la escena, de modo que los personajes que estén en la parte de atrás de la derecha no puedan ver a los que están en la izquierda. La cámara tiene una puerta de entrada y esas ventanas circulares y características de los barcos. Por ellas se ve, fuertemente iluminado, el interior. El primero y el segundo término de la derecha se determinan por la entrada a otra cámara; es decir, que son pasos abiertos y separados por esta última. Mesas y sillas o butaquitas en el centro de la escena, y una en el primer término de la izquierda. Dos días después de lo acaecido en el acto anterior. Pasean por la toldilla *Patricio* y el capitán del "Paloma", un vasco llamado *Abaroa*.

PATRICIO.—Pues como le iba diciendo: Rosa Luz, molesta por creer que yo quería tomarle el pelo inventando a la tal Carolina, dejó sin dote a Floria. ¡Sin dote! Y a mí sin otra solución que huir de esa mujer que me acosa.

ABAROA.—Ya, ya.

PATRICIO.—No sé cómo quitármela de encima.

ABAROA.—Ya, ya.

PATRICIO.—¿Qué hago, capitán, qué hago?

ABAROA.—No sé.

PATRICIO.—A mí se me ocurrió de momento tirarla al Guadalquivir tan pronto pisó el "yatch"; pero me pareció bastante fuerte.

ABAROA.—Claro es.

PATRICIO.—Bastante fuerte... ella. Vamos, que temí que me pudiera y ser yo el que fuera al río. ¿Comprende?

ABAROA.—Comprendo, sí.

PATRICIO.—Me tiene frito y no la aguanto, ¡ea! Esta noche no me da el festejo esa fragata, porque la echo a pique o la... ¡Hombre!, ¡qué idea! Ayúdeme, Abaroa.

ABAROA.—¿Yo?

PATRICIO.—Sí. Usted odia a las mujeres desde que aquella mala hembra lo engañó.

ABAROA.—Sierto. Reírse una de Abaroa, aborreser de muerte a todas.

PATRICIO.—Pues bien; vengaremos con ésta aquella risa. Espéreme en el sollado.

ABAROA.—¿En el sollado?

PATRICIO.—Y nos reiremos, capitán. Verá usted. Yo me pongo melosito con ella, la invito a ver el barco, la bajo hasta allí, y en la misma puerta nos cruzamos con el capitán, que pretende entrar. (*Imitando una conversación.*) —Usted primero, capitán. —Ustedes antes o así. —Nada, nada—contestará ella—. Y usted, muy fino, dice: La señorita primero, debe. Avanza ella, la empujamos los dos..., porque yo solo no puedo, la encerramos hasta el amanecer y risa para todo el año.

ABAROA.—¡Ja, ja! Eso sí que haser podíamos.

PATRICIO.—Pues hecho. Espéreme abajo, que de lo demás me encargo yo. Pronto, que llega la fragata "viento en popa a toda vela".

ABAROA.—¡Ja, ja! ¡Qué don Patrisio! (*Se marcha por la derecha primer término. Por la izquierda llega FLORIA, hecha una "fragata" efectivamente.*)

FLORIA.—Patricio, hijo, que me tienes abandonada.

PATRICIO.—No lo creas, corazón. ¿Abandonarte, cuando estaba ocupándome de tu porvenir?

FLORIA.—¿Ah, sí? ¡Qué sol eres! ¡Qué sol!

PATRICIO.—¡Y tú, qué luna llena!

FLORIA.—Llena de ilusiones, ¡Patricio mío!

PATRICIO.—De ilusiones. ¡Ya lo creo!

FLORIA.—¡Qué feliz soy a tu lado, encanto!

PATRICIO.—Pues, ¿y yo?

FLORA.—No te separes de mí nunca, Patricio.

PATRICIO.—Nunca. Contigo hasta la tumba, hasta el fin del mundo. (*Aparte.*) (Hasta el sollado nada más.)

FLORIA.—(*Apoyándose en sus brazos lánguidamente.*) ¡Juntos siempre! ¡Ay, qué noche, qué encanto. qué luna!

PATRICIO.—(*Imitándola en el tono.*) ¡Qué tía!...

FLORIA.—¿Eh?

PATRICIO.—¡Qué tía... más romántica eres!

FLORIA.—¡Romantiquísima!... Bésame, corazón.

PATRICIO.—¡En seguida!... ¡En seguida!; pero antes deja caer tu linda cabecita en mi hombre, y así juntos...

FLORIA.—¿Qué, Patricio?

PATRICIO.—¡Ay, qué melosita te me pones! Así juntitos, te enseñaré el barco, y te abriré la puerta de mis secretos, y te encerraré para siempre... en mi corazón. ¿Quieres?

FLORIA.—¡Quiero, Patricio!

PATRICIO.—Pues anda... (*Van a hacer mutis por la derecha primer término.*)

FLORIA.—Pasa... Guíame.

PATRICIO.—Pasa tú.

FLORIA.—Tú, primero.

PATRICIO.—Eso luego, mujer. ¡Pasa! (*Floria obedece mirándolo encantada.*) ¡Ni ensayado! (*Por la cámara de la izquierda llega CARLOS, quien decididamente pasa hacia la derecha, segundo término. Al sentir sus pasos se detiene Patricio.*)

CARLOS.—Pero, hombre, Patricio, ¿cuándo vas a tener formalidad?

PATRICIO.—Cuando me dejen. (*Hacia el sitio por donde se fué Floria.*) Aguárdame un instante, corazón. Y toma (*Le tira un beso*); para la espera. ¡Que te aproveche! (*A Carlos.*) ¿Sólo?

CARLOS.—Sí; tenía que cerciorarme de una cosa.

PATRICIO.—¿Cerciorarte tú?... ¿De dónde vienes, Carlos...

CARLOS.—De mi camarote. Lo he cerrado, porque no me conviene que lo vean.

PATRICIO.—¡Hombre, eso es nuevo! No enseñar tu camarote, cuando siempre ha sido tu orgullo mostrarlo.

CARLOS.—No me conviene... hoy. ¿Te enteras?

PATRICIO.—¡Huy, huy!... ¿Tenemos contrabando?

CARLOS.—Tenemos lo que a ti no te importa.

PATRICIO.—¡Muy claro!; pero supongo que no será a Elsa Löcker.

CARLOS.—Calla, que con mis jaleos de estos dos días no hemos comentado. ¡Mira que suponer Rosa Luz que quien la buscaba er la mujer de aquella noche y resultar una viajante alemana de máquinas de calcular!

PATRICIO.—Fué para troncharse.

CARLOS.—Hubiera dado algo por ver la cara de Rosa Luz.

PATRICIO.—¡Pues anda, que si la ves a la viajante!

CARLOS.—¿Fea?

PATRICIO.—Hindemburg con faldas. Pero no nos lo perdona Rosa Luz. Ya ves, no ha venido esta noche a tu cena y en cambio ha mandado en su representación a Floria. ¡Su venganza es espantosa!

CARLOS.—Sobre todo para ti.

PATRICIO.—¡Ah! Allá veremos. Y dime, ¿la del camarote es.... esa mujer?

CARLOS.—Esa o la otra..., esta o aquella, la que sea. A ti te tiene sin cuidado.

PATRICIO.—¡Sigues hablando con una claridad!...

CARLOS.—Y adiós, que me esperan. (*Mutis segunda derecha.*)

PATRICIO.—Y a mí.

FLORIA.—(*Dentro.*) Pero, Patricio, ¿vienes?

PATRICIO.—Voy, corazón... (*Mirando hacia donde se fué Carlos.*) ¡Huy, huy, Carlos..., qué mal te veo!... ¿Quién será esa prójima?

FLORIA.—(*Dentro.*) ¡Patricio!

PATRICIO.—¡Tu tía! Voy. (*Mutis por la primera derecha. Por la derecha segundo término, vuelve CARLOS acompañando a FINA GAZUL.*)

CARLOS.—Habrás de perdonarme, Fina.

FINA.—Perdonado, hombre.

CARLOS.—¿Y tu padre?

FINA.—Ahí, con José Luis.

CARLOS.—Me alegro.

FINA.—¿Por qué?

CARLOS.—Porque quiero hablarte.

FINA.—¿A mí? Venga.

CARLOS.—Fina, tú lo sabes. ¿Por qué no ha venido Rosa Luz?

FINA.—Porque no se puede jugar con el corazón de las mujeres, Carlos.

CARLOS.—¿Lo dices por mí?

FINA.—Por mi abuela; mira éste ahora. Porque te complaces en mortificarla... Porque te reíste de ella otra vez cuando te mintió diciéndote que era la de Venecia. Por eso.

CARLOS.—Y porque no me quiere.

FINA.—Te quiere, Carlos. Te quiere..., y vendrá esta noche.

CARLOS.—¿Tú crees?

FINA.—Espérala. Las mujeres no nos equivocamos. ¡Espérala!

CARLOS.—¡Ca! Si esa mujer es capaz de querer ahora a un hombre, ese hombre es Pepe Luis.

FINA.—(*Riendo.*) ¿Pepe Luis? Déjame que me ría.

CARLOS.—Ríete cuanto quieras; pero entérate. Lo que empezó por broma, por darme celos—y ya ves que estoy bien enterado—, es hoy una realidad.

FINA.—¿Qué dices?

CARLOS.—Que lo quiere, y que él... (*Amenazador*), él va a saber cuánto vale reírse de un hombre.

FINA.—(*Sin dar crédito a lo que oye.*) Mira, mira, Carlos; háblame en serio, porque a mí bromas, no; líos, no; a mí, la verdad.

CARLOS.—La verdad te digo, y para cerciorarme me separé antes de vosotros.

FINA.—Luego tienes pruebas.

CARLOS.—Las tengo... en mi camarote.

FINA.—Lo único que no has querido enseñarnos de todo el barco.

CARLOS.—Por eso.

FINA.—¿Pero esas pruebas?

CARLOS.—Perdona, Fina. Estas cosas de hombre, entre hombres deben resolverse. Y disimula, que llegan.

FINA.—Disimular, ¿eh? ¡Pues bonita estoy yo para disimulos!

CARLOS.—Tú estás bonita siempre. (*Llegan por el segundo término derecha el MARQUES DE GAZUL y JOSE LUIS, charlando.*)

FINA.—Mira que no está el horno para piropos. Llévate a mi padre, te lo suplico.

MARQUES.—Pues señor, estamos pasando una noche deliciosa. ¿Verdad, Fina?

FINA.—¡Deliciosa! ¡Oh! Ya lo creo.

JOSE LUIS.—La única nota desagradable es la ausencia de Rosa Luz.

FINA.—¿Sí, verdad?

CARLOS.—(*Aparte.*) (¡Hipócrita!)

MARQUES.—¡Este cielo es único! ¡Hay qué ver lo que le gusta a mi Fina este cielo!

FINA.—Me molesta, papá.

MARQUES.—¿Ahora te molesta?

FINA.—El cielo, y el río, y la luna, y él... Carlos quiere hablarte, papá.

CARLOS.—Sí, marqués. ¿Qué tal si nos tomásemos otro "whisky"?

MARQUES.—Tú mandas, patrón. Y oye, tú que conoces a las mujeres. (*Al mutis con Carlos por la cámara.*) ¿Se podrá saber de una vez lo que le encanta y lo que le molesta a esta hija de mi alma?

JOSE LUIS.—Gracias a Dios que estamos solos un momento.

FINA.—Gracias a Dios, sí; porque para lo que vas a oírme, es lo mejor. Pepe Luis, lo que haces conmigo es... una canallada.

JOSE LUIS.—¡Fina!

FINA.—Lo es, porque me engañas con Rosa Luz.

JOSE LUIS.—¿Yo?

FINA.—Carlos me lo ha dicho, y en su camarote tiene las pruebas. Ya te las entenderás con él.

JOSE LUIS.—¿Estás loca?

FINA.—Cuerda y harta de papeles ridículos; así que hemos terminado para siempre.

JOSE LUIS.—No, Fina; ni Carlos puede tener pruebas ni ha hecho otra cosa que seguir la farsa contigo, porque aun quiere humillar a Rosa Luz. En su camarote a quien tiene es... a la otra.

FINA.—¿Tú lo sabes?

JOSE LUIS.—¡Y te lo probaré! Yo haré que Patricio, que es su cómplice, confiese delante de ti toda la verdad.

FINA.—¡Si eso fuera cierto!

JOSE LUIS.—No te he mentido nunca, Fina; y si esta vez mentí fué por quererte.

FINA.—¡Acuérdate de nuestra copla!

JOSE LUIS.—¿La nuestra?

FINA.—Sí.

Porque me quieras te engaño;
¡vale más una mentira,
que un juramento gitano!

MUSICA

JOSE LUIS. Quiero decirte al oído
todo lo que yo te quiero,
embriagado en el perfume
de claveles de tu cuerpo.
Quiero decirte al oído
el cariño que te tengo,
hechizado ante el abismo
negro de tus ojos bellos.

FINA. Tus cálidas palabras de amor,
son llamas de un fogoso querer.
No hay música que suene mejor
a una mujer.
Mas quiero de una vez comprobar
que es cierta tu encendida pasión,
para entregar
mi amante corazón.

JOSE LUIS. Mis cálidas palabras de amor
son llamas de encendido volcán,
que mi alma con feliz resplandor
quemando están.

FINA. ¡No mientas, Pepe Luis, por favor!

JOSE LUIS. Mis ojos no me dejan mentir;
que en ellos se retrata un amor
que jamás sentí.

FINA. ¿Amor por mí?

JOSE LUIS. ¡Amor por ti!

FINA. ¿Por mí?

JOSE LUIS. ¡Por ti!

VOZ DENTRO. Por que me quieras te engaño,
vale más una mentira
que un juramento gitano.

FINA. Quisiera en tus palabras creer
y ver en tu pasión la verdad.
¡No engañes a una pobre mujer,
por caridad!
Mirándome en tus ojos así
verás que mi encendida ilusión
es llama en que se abrasa por ti
mi amante corazón.

JOSE LUIS. Si miento que se apague mi luz;
que sienta mis ojitos cegar;
que nunca más el cielo andaluz
pueda mirar.

FINA. ¡No jures, Pepe Luis, por favor!

LOS DOS. Mirándome en tus ojos así
te juran mis pupilas amor,
¡loco amor por ti!

HABLADO

FINA.—Te creo, Pepe Luis, quiero creerte. Pero, ¿y Carlos?

JOSE LUIS.—¡Bah! Ya me entenderé con él, y si hemos de reñir, por ti será.

FINA.—(*Amorosa.*) ¡Pepe Luis!

JOSE LUIS.—Calla, que viene Patricio. Ahora verás.

(*Sale en efecto PATRICIO por donde se fué.*)

PATRICIO.—(*Aparte y como cerrando con una llave que trae en la mano.*) ¡Ris, ras! Sollado que te tienes pues.

JOSE LUIS.—Alto y a cantar ahora mismo.

PATRICIO.—¿Cantar? Bueno. ¿Preferís "La donna e móbile", o "Hay que ver"?

JOSE LUIS.—No te hagas el lila, porque lo sé todo.

PATRICIO.—¿Todo? ¿Y qué es todo?

JOSE LUIS.—Que habéis secuestrado a esa mujer. Me lo ha dicho el capitán, y riéndose de la gracia además

PATRICIO.—Para que te fíes de los vascos.

JOSE LUIS.—Ya confiesa. ¿Lo ves, Fina?

PATRICIO.—Pues sí, ¡ea!, la hemos encerrado; pero guardarme el secreto, por favor. Era para mí un compromiso terrible. Figuráos que hasta le había dado palabra de casamiento.

FINA.—Pero... ¡si es casada!

PATRICIO.—¿Casada? ¿Estáis seguros? ¡Qué embustera!

FINA.—¿Y lo sabe Carlos?

PATRICIO.—¡Qué ha de saber! Carlos está en la higuera.

JOSE LUIS.—Y os la llevaréis en el barco, ¿no?

PATRICIO.—Pero, ¿qué disparates dices? A ésa la suelto yo en cuanto amanezca y la dejo en tierra.

JOSE LUIS.—¿Sin que se entere Carlos?

PATRICIO.—¡Y dale! Sin que se entere nadie más que Rosa Luz, porque a ésa sí que se lo cuento.

FINA.—¡Claro! ¡Pobre Rosa Luz!

PATRICIO.—Y tanto! ¡Tenerla engañada de ese modo es una felonía que tiene que pagar!

JOSE LUIS.—Pero, ¿tú sabes?

PATRICIO.—Todo, hombre, todo. Si no lo supiera, ¿iba yo a haberme comprometido así? Porque, oídme en secreto: quería dotarla.

FINA.—¡Qué atrocidad! ¡Qué locura!

JOSE LUIS.—(*A Fina.*) ¿Te convences?

FINA.—Sí, Pepe Luis.

JOSE LUIS.—Gracias, Patricio. Eres un buen amigo. Adiós. (*José Luis y Fina se marchan amartelados por la cámara de la derecha.*)

PATRICIO.—(*Viéndolos marcharse.*) No lo eres tú tanto. ¡Caray, pobre Antolín Pacheco!

(*Entra ANTOLIN por el primer término de la derecha.*)

ANTOLIN.—¿Eres tú, Patricio?

PATRICIO.—¿Pero no me ves?

ANTOLIN.—Yo estoy ya que no veo. ¡Compadéceme, Fina me engaña!

PATRICIO.—¡Hombre! ¡Tú ves visiones!

ANTOLIN.—Veo poco, pero no tan poco. Apenas pisamos el "yatch" desapareció de mi lado. La he buscado por todas partes, y nada, nada y nada. Hasta que al fin..., ¡asómbrate, Patricio! Sé que la han raptado.

PATRICIO.—Antolín, ¿qué dices? Pero, ¿quién?

ANTOLIN.—El propio capitán del "yatch".

PATRICIO.—¿Abaroa?...

ANTOLIN.—Me lo ha dicho ese marinero italiano que toca el acordeón. Al principio negó y siguió tocando, pero mediante dos duros dejó de tocar y cantó. En italiano, claro es, pero cantó.

PATRICIO.—¿Qué cantó?

ANTOLIN.—El "Pichi".

PATRICIO.—¡No es posible!

ANTOLIN.—El mismo ayudó al secuestro. En el sollado la tiene ese capitán pirata. En el sollado..., que no sé lo que es. ¿Tú sabes lo que es el sollado?

PATRICIO.—El sollado es..., ¿cómo te diría yo? El sollado es... como si dijéramos la "garçonniere", la "chambre d'amour" del barco, el...

ANTOLIN.—¡Recuerno! ¿Qué dices? Lo mato.

PATRICIO.—Allá tú; pero te advierto que el capitán es de los que de un puñetazo rompen un adoquín por la mitad.

ANTOLIN.—¡Caray!...

PATRICIO.—¿Qué necesidad tienes tú de que te partan en dos?

ANTOLIN.—Me has llamado adoquín.

PATRICIO.—¡No, hombre!

ANTOLIN.—Te lo juro. ¡Iba yo a engañarte con lo que te quiero! Pero tienes razón. Lo que haré será decírselo a Carlos.

PATRICIO.—¡Quia, eso no!

ANTOLIN.—¿Por qué?

PATRICIO.—Porque... (*Aparte.*) (¿Qué le diría yo a este imbécil? ¡Ah, sí!) (*Alto.*) Porque, óyelo bien, la mujer que ha encerrado el capitán no es Fina.

ANTOLIN.—¿Es gruesa?

PATRICIO.—Un globo.

ANTOLIN.—¿Y tú por qué lo sabes?

PATRICIO.—Porque soy cómplice del capitán y del italiano en el encierro. Pero júrame que no dirás una palabra a nadie.

ANTOLIN.—Jurado. Pero aquí y "tête à tête" y "vis a vis", dime, ¿quién es?

PATRICIO.—Acerca la "tête". Pues es... Rosa Luz.

ANTOLIN.—¡Atiza, imposible!

PATRICIO.—¿Tú la has visto aquí esta noche?

ANTOLIN.—No.

PATRICIO.—Pues entonces... Carlos se ha enamorado de ella como un loco. Rosa Luz quiere a Pepe Luis; Carlos no puede resignarse a perderla, y antes de verla casada con otro ha imaginado el rapto.

ANTOLIN.—¡Me dejas frío! ¡Y yo que había dudado de Fina!

PATRICIO.—Y debes seguir dudando. Eso es aparte.

ANTOLIN.—Oye, oye, ¿por qué?

PATRICIO.—Porque está colada en un "flirt" que atufa... ¿Con quién dirás?

ANTOLIN.—Con Pepe Luis; lo sé.

PATRICIO.—Con el sobrecargo. En proa los he visto mirando a la luna y recitándose madrigales.

ANTOLIN.—¡Los mato! ¿Dónde está proa?

PATRICIO.—(*Disparatando.*) Pues sigue por ahí, por babor, luego tuerces a estribor por el bauprés, sigues la borda, allí te tropezarás con la eslora, no le hagas caso; toma la manga adelante, llegas a la escotilla, y un poco más arriba de la cadena del ancla das un saltito... y ya estás en proa.

ANTOLIN.—De modo que... ¿por ahí? ¿Y tú crees que llegaré?

PATRICIO.—Seguro.

ANTOLIN.—Conforme. Babor, estribor, la manga, la borda. Oye, ¿no será al revés?: la borda, la manga...

PATRICIO.—No, hombre, no.

ANTOLIN.—Oye, el bauprés ¿es antes o después?

PATRICIO.—¡Al revés!

ANTOLIN.—¡Eso es! ¡Eso es! ¿Has dicho que es el sobrecargo?

PATRICIO.—El sobrecargo.

ANTOLIN.—Pues le sobra el sobre y el cargo. ¡Me lo cargo! Adiós, Patricio. (*Se va por babor o por donde le parezca a él que debe irse, claro es que dudando siempre.*) Babor... por aquí, no; por aquí. Babor... Estribor..., la eslora..., la manga... ¡El lío! (*Y desaparece.*)

PATRICIO.—Decididamente, es imbécil. (*Va a marcharse por la izquierda y se encuentra con CARLOS que sale de la cámara.*)

CARLOS.—Patricio, un favor.

PATRICIO.—Tú mandas, Carlos.

CARLOS.—Atiende a mis invitados un rato y procura que no noten mi asusencia.

PATRICIO.—¿Tienes que hacer?

CARLOS.—Sí.

PATRICIO.—¿En tu... camarote?

CARLOS.—Aquí. Di a Pepe Luis que estoy solo. Me busca y aquí me encontrará. Hazlo así.

PATRICIO.—Te obedezco. (¿Qué será esto?) (*Mutis.*)

CARLOS.—¡No viene! (*Con rabia.*) ¡Y es culpa de él! ¡Bah!... ¿No será también mía?

(*Por la cámara de la izquierda llega JOSE LUIS.*)

JOSE LUIS.—Hola, Carlos; deseaba encontrarte solo.

CARLOS.—Hola, Pepe Luis. Solo me tienes. ¿Para qué?

JOSE LUIS.—Para que me confieses si es verdad que tienes a esa mujer en el "yacht" y que te vas con ella al amanecer.

CARLOS.—Es cierto.

JOSE LUIS.—¿La tienes en tu camarote?

CARLOS.—¿Te interesa mucho?

JOSE LUIS.—Me interesa tu felicidad y la de Rosa Luz.

CARLOS.—(*Irónico.*) Gracias, hombre.

JOSE LUIS.—No tienes derecho a burlarte de ella de ese modo, Carlos. Y esa otra mujer...

CARLOS.—Para esa otra todos tus respetos, José Luis.

JOSE LUIS.—Todos; pero burlarte de Rosa Luz, no.

CARLOS.—Y Rosa Luz de mí, y en complicidad contigo, sí, ¿verdad? Reírse del pobre... primo, sí, ¿no es eso? (*José Luis calla.*) Contesta.

JOSE LUIS.—(*Vacilante.*) ¿Yo?...

CARLOS.—Tú la quieres y, tratando de engañar a todos, has urdido todas estas artimañas para separarla de mí; pero no te valdrá, te lo juro.

JOSE LUIS.—Carlos..., estás loco.

CARLOS.—No te valdrá, porque yo también la quiero. Y con armas iguales, con artimañas, de hombre a hombre, como quieras, como sea, he de ganártela.

JOSE LUIS.—Eso lo veremos.

CARLOS.—Claro que lo veremos.

JOSE LUIS.—Pues no hablemos más. (*Al mutis.*) Eso es lo que esperaba de ti. (*Se va por la cámara de la izquierda.*)

CARLOS.—Se va echando lumbre. (*Mirando hacia la derecha.*) ¡Ah! ¡Rosa Luz! No me engañaba Fina ni éste. (*Por el corazón.*)

(*Se oculta un momento donde le venga más a mano. ROSA LUZ, envuelta en un elegante abrigo que cubre su magnífica "toilette" de noche, pasa a derecha e izquierda y escucha hacia el interior de la cámara mientras Carlos, sin ser visto, la observa sonriente. La luz de la luna—que no puede faltar—se quiebra en lugar apropiado de la toldilla. Rosa Luz, ganada por la emoción del momento, deja escapar un suspiro. Carlos avanza hasta ella. En sus ojos, en su gesto revela todo su amor y sus deseos por abrazarla, pero se contiene y retrocede al ver llegar a ANTOLIN, quien por la derecha, y muy decidido, va hacia la cámara y tropieza con Rosa Luz, que se asusta. Igual le pasa a Antolín al reconocerla.*)

ANTOLIN.—Rosa Luz, ¿eres tú? ¡Creí que eras la eslora y no pensaba hacerte caso! ¿Saliste de tu encierro?

ROSA LUZ.—¿De qué hablas?

ANTOLIN.—Cuéntame, mujer, ¿cómo te has valido?

ROSA LUZ.—Pero, ¿qué dices?

ANTOLIN.—José Luis, sin duda. ¡Claro, el amor, que todo lo puede! No, no me digas nada... Naturalmente que él no dejará así las cosas... Un desafío tal vez... ¡Oh, es un caballero!

ROSA LUZ.—¡Antolín, hijo, no disparates! A mí no me ha encerrado nadie; acabo de llegar ahora.

ANTOLIN.—Entonces, ¿a qué mujer ha encerrado Patricio en complicidad con Carlos?

ROSA LUZ.—¡Ah! ¿Luego está aquí esa mujer. aquí?... ¡Pues no se la lleva aunque yo tenga que volar el barco! ¡Antolín, busca a Carlos!

ANTOLIN.—Pero, mujer, me voy a llevar la noche buscando a la gente.

ROSA LUZ.—Búscalo y dile que le espero aquí... ¡Búscalo!

ANTOLIN.—Bueno, hija, bueno... ¡Por babor!... ¡Por estribor!... ¡Por aquí!... ¡Voy a ver si le encuentro las mangas a este barco! (*Y desaparece.*)

(*Rosa Luz se deja caer en uno de los sillones que habrá sobre cubierta. Al otro lado del escenario, que forma la cámara, Carlos contempla a Rosa Luz sin ser visto por ésta.*)

CARLOS.—¡Está guapa la pícara! ¡Blanca como la luz de la luna que la acaricia!... ¡Y me busca! Pero no; quiero que venga a mí como en aquella noche de Venecia, vencida por su corazón, romántica, como todas las mujeres que quieren de verdad. (*Sale.*)

MUSICA

ROSA LUZ.
Noche de amor y de ensueño,
dulce noche sevillana:
bajo el azahar de la luna
abre a mis besos tu alma.
Ríen las estrellas,
llora una guitarra.
¡Clávame en el pecho
tu puñal de plata!...
Fúndeme en tu hechizo,
¡noche sevillana!

CARLOS.
Noche que en mi mente evocas
aquella noche lejana
en que unos labios de fuego
me quemaron con sus ascuas.
¡Muerte de mi vida,
la mujer soñada!...
Bajo los azahares
de esta luna clara,
¡ven, que estremecidos
mis brazos te aguadan!

ROSA LUZ. ¡Rubias mieles destila
el panal de mi alma!...

CARLOS. ¿Es la luna o tu beso
quien sus dardos me clava?...

ROSA LUZ. ¡Dogaresa sevillana!

CARLOS. ¡La mujer de mis ansias!...

LOS DOS. La luna que bajo el puente
su luz retrata,
de aquella mujer soñada
los pasos guía,
y luego su fantasía
la vió llegar junto a mí;
su aliento de nardo y rosa,
sueño o verdad, suave sentí.

CARLOS. Sentí suave dolor.

LOS DOS. Sintió honda emoción.

(*Rosa Luz, ganada por la emoción del momento, vuelve la cabeza, ve a Carlos, ensimismada, y va hacia él. Al final del dúo el beso de "Venecia" se repite, como estaba previsto.*)

HABLADO

CARLOS.—¡Te quiero, Rosa Luz!

ROSA LUZ.—¡Te quiero, Carlos!

CARLOS.—¿Para siempre y sin burlas?

ROSA LUZ.—Mira mis ojos. ¿No ves en ellos lágrimas de felicidad? (*Cambiando de tono, riendo.*) ¡Ahora que me has hecho pasar lo mío, galán!

CARLOS.—¿Pues y tú a mí, dogaresa?

ROSA LUZ.—¡Chiquillo!

CARLOS.—¡Rosa Luz! (*Y hacen mutis abrazados, mientras por la derecha sale José Luis con Fina.*)

JOSE LUIS.—(*Recordando la sorpresa del acto segundo.*) ¡Buen provecho, náufragos!

FINA.—El amor en la borda y a la luz de la luna. ¡¡Por fin!! ¡Gracias a Dios! Vengan ustedes. (*Salen todos.*)

MARQUES.—Bueno; pero vamos a ver, que yo me entere. Si esa mujer, Carolina o cómo se llame, existe y está en el "yacht", ¿cómo es que éstos?...

FINA.—¡Ay, papá! Existió en la imaginación, nada más.

MARQUES.—Entonces, ¿a quién ha encerrado usted, capitán?

FINA.—¿Qué es esto, Pepe Luis? ¿Aún me engañas?

JOSE LUIS.—Te juro que en esto hay una equivocación. Abaroa, explíquese.

ABAROA.—Don Patrisio dirá. Llave de sollado en bolsillo tiene.

MARQUES.—(*A Abaroa.*) Le ruego que traiga a quien sea, y así evitamos la duda de mi hija.

PATRICIO.—¡Sea! Por vuestra felicidad. (*Abaroa va a cumplir la orden. Patricio va hacia el fondo, como si fuera a tirarse por la borda.*)

MARQUES.—¿A dónde vas?

PATRICIO.—¡Al río de cabeza!

FINA.—Pero ¿estás loco?

PATRICIO.—Estoy en ridículo. (*Vuelve Abaroa con Floria.*)

FLORIA.—¡He sido raptada, he sido engañada!

PATRICIO.—(*Mientras todos ríen.*) ¿Cómo engañada? Tú eras la que pretendías engañar a Rosa Luz. Sabedlo bien; Floria es casada.

FLORIA.—¿Yo casada? ¡Qué más quisiera! Soltera, pero con una gran dote que me da Rosa Luz.

PATRICIO.—Claro que a pesar de todo... Yo... ¿Eh? Reclamo su mano. La he raptado y yo soy un caballero español.

FLORIA.—Pues yo no soy extranjera, pero... tú eres un sinvergüenza.

PATRICIO.—Soy lo que quieras, pero tuyo.

JOSE LUIS.—Marqués, ¿me aceptaría por yerno?

FINA.—Papirri mío, contesta que sí.

MARQUES.—¡Hombre, por fin sabemos el que te gusta! Acepto. (*Se abrazan Fina y José Luis.*)

ANTOLIN.—(*Que ha llegado por el foro a tiempo de oír las últimas frases.*) ¿Y para esto la he estado yo buscando toda la noche de babor a estribor?... (*A Fina.*) ¡Coqueta!... (*Ríen todos.*) ¡No os riais, que esto es muy serio! Que yo..., que yo... ¿qué hago yo ahora, eh? ¿Qué hago?

JOSE LUIS.—Tú, a cuidar los cinco niños cegatos que tienes abandonados en dos casas distintas; una en Jerez y otra en Sanlúcar.

PATRICIO.—Solera que tiene.

ANTOLIN.—Solera y hambre; porque yo esta noche, lo que es sin cenar no me marcho.

MARQUES.—Pues hasta que llegue la hora pasemos a la cámara a brindar por la felicidad de todos.

ANTOLIN.—Ahí vienen Rosa Luz y Carlos.

MARQUES.—¡Pues vamos también a brindar por ellos! ¡Ay, amigo Antolín! El amor ha embrujado la noche y anda suelto por el barco!

ANTOLIN.—¡Pues si tiene que buscar la proa se ha lucido! (*Hacen mutis todos, con risas, por el primer término izquierda.*)

MUSICA

(*Aparecen Rosa Luz y Carlos. Recitado sobre la orquesta.*)

CARLOS.—¡Rosa Luz!

ROSA LUZ.—¡Carlos!

CARLOS.—¡Más dulce que la noche veneciana son tus besos de luz en esta noche!

ROSA LUZ.—¡Carlos!

CARLOS.—¡Tus ojos, Rosa Luz, tus ojos!

CARLOS.
ROSA LUZ. (*Cantado.*)

Y luego mi fantasía
la ve llegar junto a mí;
su aliento de nardo y rosa,
sueño o verdad, suave sentí.

(*Quedan abrazados.*)

(*Aparece Patricio y dice, dirigiéndose a los de dentro.*)

PATRICIO.—¡Chisss! ¡Ha terminado la película! (*Risas dentro.*)

(*Fuerte en la orquesta, y telón.*)

FIN DE LA OBRA.



OBRAS DE LUIS MANZANO

EL COJO.—Juguete cómico.

LO QUE NO MUERE.—Comedia en dos actos, en colaboración con Sebastián Alonso. (Tercera edición.)

ALCALA DE LOS GANDULES.—Comedia en tres actos.

MISS MARY MERINO.—Paso de comedia.

SOL Y SOMBRA.—Humorada en un acto, con música de Manuel Bertrán Reyna.

LA PAZ DEL MOLINO.—Zarzuela en dos actos, en prosa y verso, en colaboración con Manuel de Góngora, música del maestro Pablo Luna.

LA PERLA DE RAFAEL.—Comedia en tres actos.

DOÑA TUFITOS.—Comedia en tres actos. (Segunda edición.)

PAPA Y MAMA.—Comedia en tres actos.

UN CABALLERO ESPAÑOL.—Drama en tres actos, divididos en seis cuadros, en verso, en colaboración con Manuel de Góngora.

EL DIFUNTO ERA MAYOR.—Comedia en tres actos.

PACA FAROLES.—Comedia en tres actos.

LA FAMA DEL TARTANERO.—Zarzuela en tres actos, en prosa y verso, en colaboración con Manuel de Góngora, música del maestro Jacinto Guerrero.

LA MUJER DE AQUELLA NOCHE.—Guión de película sonora, en tres actos, en colaboración con Manuel de Góngora, música del maestro Federico Moreno Torroba.

OBRAS DE MANUEL DE GONGORA

LA PAZ DEL MOLINO.—Zarzuela en dos actos, en prosa y verso, en colaboración con Luis Manzano, música del maestro Pablo Luna.

CURRO EL DE LORA.—Zarzuela en dos actos, en prosa y verso, en colaboración con José Tellaeche, música del maestro Francisco Alonso.

UN CABALLERO ESPAÑOL.—Drama en tres actos, divididos en seis cuadros, en verso, en colaboración con Luis Manzano.

LA PETENERA.—Poema dramático en tres actos, en colaboración con Francisco Serrano Anguita.

LO DE SIEMPRE.—Farsa de humor en tres actos, en colaboración con José de Góngora.

EL GIGANTE Y LA ROSA.—(Cuento infantil de magia, en tres actos, en verso.)

LA FAMA DEL TARTANERO.—Zarzuela en tres actos, en prosa y verso, en colaboración con Luis Manzano, música del maestro Jacinto Guerrero.

LA RAZON DEL SILENCIO.—Comedia en tres actos.

RENACER.—Comedia en tres actos.

LA MUJER DE AQUELLA NOCHE.—Guión de película sonora, en tres actos, en colaboración con Luis Manzano, música del maestro Federico Moreno Torroba.

RIVADENEYRA, S. A.—ARTES GRAFICAS.—MADRID